

CORRESPONDENCIA

GOLFO DE GUINEA

V

El plato más exquisito de los fernandianos

AHORA que tanto se habla de comidas, y que el afán de muchos hombres consiste en buscar cómo satisfacer la gula, voy á describir los dos más exquisitos manjares de los negros y su modo de procurárselos.

El primer guisado compónese de ratones. Para cazarlos, tres ó cuatro hombres, machete y tizón en mano, se dispersan por el bosque, y al encontrar alguna madriguera, se rennen y talan los arbustos y la hierba formando una especie de plaza. Luego se ponen en acecho en tanto que el jefe de la cuadrilla aplica el fuego por la puerta del escondrijo. El humo sale por los demás agujeros, y así se sabe con

facilidad el número de salidas. Entonces, convenientemente apostados los cazadores con puñados de hierba, uno de ellos sopla fuerte para que entre mucho humo en el escondrijo, y al salir el animal por uno de los agujeros, que al parecer sólo está tapado con un poquito de hierba, se encuentra cogido por manos enemigas, que no le sueltan por más que á veces les haga experimentar lo afilado de sus colmillos.

Año I.—N.º 44

La alegría de los pobres salvajes al llegar á sus manos uno de estos bichos, no es para descrita. Si se les pregunta por qué tanto alborozo, responden:

—¡Oh, Padre! nosotros coge ratón mucho grande, y hoy nosotros come carne: ratón mucho malo; come plátano, ñame y mucho bangá, tú no mira; tiene diente mucho fuerte, él planta diente á mi mano, cuando yo coge.

A veces en poco tiempo cogen varios, y aquel día ya tienen carne fresca. Cuentan sus hazañas y muestran sus heridas en tanto que los desuellan y cuecen, ya al

rescoldo, ya en agua. Ponen después una picadilla de guindilla del país (que si bien pequeña hace saltar la lágrima), y he aquí para ellos un plato apetitoso.

Otro más exquisito y sustancioso es el que les suministra de vez en cuando el gusano de la palmera, como lo llaman. En los árboles en descomposición y sobre todo en la palmera, y en nuestro país también en los estercoleiros, se crían unos gusanos blancos de cabeza negra, que se transforman con el tiempo en escarabajos grandes y

sumamente repugnantes. Da asco, compasión y risa á un tiempo ver á unos hombres tan atareados en la caza de estos bichos. Los niños apenas salen de la escuela, ya todos piden ir á buscar gusanos.

Armados con un machete (su compañero inseparable) y algunas hachas, se dirigen á los árboles caídos para explorar si tienen los moradores que buscan. No hay que preguntar qué hacen de aquellos asquerosos animalu-



Excmo. y Rmo. Sr. D. Fr. GREGORIO M. AGUIRRE Y GARCÍA, obispo de Lugo. (Pág. 332)

15 Julio 1893

chos; porque esta pregunta excitaria tanto su apetito, que de seguro no podrían contenerse sin engullirlos al instante, vivos y enteros como los encuentran. ¡Cuántas veces lo he presenciado! Si uno, llevado de la repugnancia que causa ver como se comen vivos tales insectos, les quiere reprender, responden:

—¡Oh, Padre! son mucho bueno: *se sale*: tiene mucho manteca; nada de hueso, todo bueno. Si mi puede coge mucho, tu va mira, como va hace plato mucho bueno. Todo negro come eso; y si blanco no puede come, es porque no prueba. Tu va mira, come este que es tan pequeño y tiene mucha manteca, es dulce, dulce...

Sin embargo, á pesar de que probé casi todos sus manjares, nunca pude determinarme á probar éste, para ellos tan exquisito.

Los insectos que han podido coger vivos los ponen en una cazuela ú olla de hierro y los frien á fuego lento.

—¡Qué comida tan sabrosa, Padre! dicen ¡qué bien huele! ¡Tienen un gusto más rico!

A veces los comen solos y es lo más común; pero otras lo mezclan con arroz, ñame ó plátano. De todos modos es siempre para ellos una comida de exquisito gusto, preferible mil veces á la carne de antilope, gallina, culebra, etc.

¡Pobres gentes! Sin otra religión que la del temor del Morimó (diablo), cuyas inspiraciones siguen á la letra, pasan la vida sin otro cuidado que el de satisfacer sus apetitos; no piensan más que en comer y entregarse á toda clase de placeres. Y ¿qué otra cosa les ha de inspirar el enemigo de Dios y de las almas? ¡Qué suerte la nuestra de haber nacido en país cristiano, donde merced á la Religión y cuidado de nuestros padres, podemos granjearnos un bienestar en este mundo y una corona inmarcesible en el cielo! ¡Cuántas gracias debemos dar al Señor por beneficio tan señalado!

VI

Mujer bubí en Fernando Poo

Siempre que recuerdo los beneficios de la Religión, mi corazón se eleva al Dador de todo bien, y de lo más hondo de mi pecho brota un himno de acción de gracias. Mas, si todos hemos de manifestarnos agradecidos por favor tan señalado, con muchísima más razón lo debe ser el sexo débil. He tenido ocasión de ver el triste estado de la mujer en el país donde no ha amanecido todavía esta aurora brillante, y me he convencido que el respeto, buen nombre y aprecio que goza la mujer en país civilizado lo debe á la Religión.

Un ligero cuadro de la esclavitud de la mujer bubí lo hará comprender con la mayor claridad.

Antes, empero, conviene notar que entre los bubís, además de un rey absoluto que domina toda la isla, hay muchos reyezuelos secundarios, á quienes llaman *muchucus*, y vienen á ser como nuestros alcaldes ó jefes de distrito. Los tales muchucus tienen tantas mujeres como pueden mantener, y un número indeterminado de criados, ó sea *mutakis*. Algunas de estas mujeres las da el señor á esos criados, en recompensa de sus buenos servicios, ya en absoluto, ya por tiempo determinado. La prole que tienen esos matrimonios no pertenece á los

padres, sino que forman parte de la familia del muchucu. Y aquí empieza la esclavitud de la infeliz mujer. Las niñas que nacen de estos enlaces, cuando tienen siete ú ocho años, las vende el muchucu ó se las reserva para sí, pasando á ser sus esposas, ó dándolas á otro criado, etc. A la edad de cinco, seis ó siete años, á la par que á los niños les hacen una serie de incisiones en el rostro á manera de rayas verticales y horizontales, desfigurándoles por completo y causando á las pobres criaturas excesivo dolor, operación que á su parecer les da belleza y honradez.

No hay tiempo fijado para contraer matrimonio, sino que se guían por el mayor ó menor desarrollo de las jóvenes, y á más como ya desde muy niñas pertenecen al muchucu ó jefe, de aquí la depravación de costumbres, razón por la cual son pocas las que llegan á la maternidad. Hasta los quince ó dieciséis años las obligan á ir completamente desnudas, y algunas desnudas toda su vida.

La sujeción y esclavitud en que viven estas pobrecitas no puede ser más lastimosa: trabajan en las fincas, llevan las cargas y procuran el sustento para los hombres, no siendo raro encontrar por aquellos cerros diez y doce mujeres cargadas de ñames ó plátanos, y á un solo hombre detrás con un palo á guisa de arriero. No se atreven á chistar en presencia de los hombres, escarmentadas sin duda por los malos tratos que de éstos reciben. Cuando el muchucu ó jefe come, una de sus mujeres le sostiene el plato ó cazuela, sin que le sea permitido decir palabra. Las mujeres comen aparte, estándoles prohibido variar de alimentos. Cuando una mujer no trabaja lo que de ella exige su muchucu, es brutalmente castigada y á veces vendida á otro. A las mujeres que viviendo con uno de estos reyezuelos han llegado á ser madres, se les quitan sus hijos, cuando son vendidas á otro. ¡Qué tristeza causa oír los lamentos de una madre al arrancar de sus brazos sus tiernos hijos! ¡He aquí unas tiernas criaturas que apenas han conocido nunca el amor de madre, que nunca han recibido los mimos y caricias de la que les dió el ser! ¡Infelices niños! Ya en muy temprana edad se les obliga al trabajo, á llevar cargas superiores á sus fuerzas, á sufrir las inclemencias del tiempo, el mal trato de sus dueños. ¡Pobrecitos! ¡Cuántos niños y niñas perecen miserablemente víctimas de tanto salvajismo!

Al enfermar una mujer, la sacan de casa y la obligan á vivir á la intemperie, sin que nadie la cuide. No es raro entre ellos, cuando dos ó más personas del pueblo enferman, abandonar todos al pueblo por temor del contagio, y dejar perecer sin socorro á los atacados de la enfermedad. La misma madre de uno de estos reyezuelos fué expulsada de su casa por el rey, su hijo, y condenada á vivir á la intemperie.

¡Desdichada mujer! Aun parece que la veo; recostada á una cerca de palos y sentada en un toscó madero, mostraba á los misioneros una enorme llaga que le cogía casi todo el muslo. Su ingrato hijo la visitaba á veces, miraba su llaga, y con aire de desprecio y sin decir una palabra volvía á cubrir con una ancha hoja la herida de su madre. Allí vivió algunos días hasta que, víctima del sufrimiento, falleció en la abyección y abandono.

Así viven y son tratadas aquellas infelices. Una niña de diez á doce años fué presa de una enfermedad contagiosa, y su señor la sacó de su casa para que acabara sus días entre las selvas sin alivio de ningún género: suerte que la desgraciada encontró en la Misión una mano compasiva que la prestó auxilio, muriendo algunos meses después regenerada con las aguas saludables del Bautismo.

Las mujeres que, víctimas de la edad ó del sufrimiento, quedan imposibilitadas, son abandonadas y mueren de miseria. ¡Infelices mujeres! Y lo peor es que siendo tanta la degradación, es muy difícil convertirlas. Las niñas de tierna edad arrebatadas á sus jefes antes del uso de razón, son las únicas que ofrecen lisonjeras esperanzas. Modestas, laboriosas y aplicadas, pueden ser excelentes madres de familia y muy aptas para la propagación del Evangelio.

He aquí á unas mujeres en el abismo de la degradación, sumidas en la más denigrante esclavitud, hundidas en la más vergonzosa miseria, y sin aspiraciones distintas de las de los brutos animales.

Y ¿no hay motivo para que las señoras cristianas levanten todos los días sus ojos al cielo para dar al Señor miles de gracias por haberlas preservado de tanta miseria? ¡Cuántas de aquellas pobrecitas serían fervorosas cristianas, si hubieran tenido en sus primeros años quien les diera una educación conveniente! ¡Cuántas serían unas mujeres honradas si hubieran tenido los medios de preservarse de que abusan tantas doncellas europeas! ¡Cuán fácil es que su conducta sea en el Tribunal Divino un severo Fiscal que acuse nuestra ingratitud á tantos y tan inmerecidos beneficios!

ÁFRICA ORIENTAL

Firmeza en la fe de los cristianos de Uganda

El venerable Superior general de las Misiones de Argel nos envía desde la Casa Cuadrada, con fecha del 7 de Abril, las siguientes conmovedoras páginas, entresacadas de las cartas periódicas que le han remitido los misioneros de Nyanza. Los detalles que contienen edificarán á nuestros lectores, mostrándoles cómo la gracia de Dios fecundiza admirablemente los trabajos de los apóstoles de la fe en aquellas Misiones asoladas por la persecución.

DESDE hace algún tiempo guárdase silencio sobre los tristes acontecimientos de Uganda. Creeríase que la prueba había sido bastante fuerte para estos cristianos, tiernos aun en la fe... Sin embargo, no es así, gracias á Dios, y las últimas cartas de los misioneros prueban una vez más cuán dignos son de la simpatía que les ha demostrado el mundo católico.

Transportémonos desde luego al S. O. de Buddu, no lejos de la frontera alemana. Con fecha del 29 de Octubre el P. Moulllec escribe:

«Nuestra nueva residencia, sita á dos jornadas de Kagera, se levanta sobre una elevada colina: á nuestros pies se extienden verdes plátanos; á lo lejos las llanuras de Kiziba, de Kaki y de Usazara, pobladas por millares de infelices que aun no han oído la buena nueva: empero Nuestra Señora de las Victorias, á la cual está consagrada nuestra estación, triunfará de los obstáculos que opone la herejía.

«Los catecúmenos manifiestan vivísimos deseos de instruirse, y los neófitos, admirable entusiasmo por la fe. Estos últimos andan muchas leguas para asistir á la Misa del domingo. Empiezan á llegar el sábado por la tarde; más de trescientos se confiesan, y luego se alojan en las cabañas que han construido en las laderas del monte. El día siguiente, al apuntar el alba, se reúnen en la iglesia, oyen una Misa de Comunión y otra de acción de gracias, y más tarde cantan en el Oficio, sino con arte, á lo menos con la animación que inspira una fe viva, las bellas oraciones de la liturgia católica.

«Los catecúmenos que se preparan para recibir el bautismo vienen á vivir cerca de la Misión. Fuera del tiempo dedicado á la instrucción religiosa, las mujeres cultivan al rededor de su vivienda un pedazo de tierra: los hombres tejen esteras, ó bien retirados en nuestras casas de cañas aprenden á leer y á escribir con la mayor constancia. Los niños animan el cuadro saltando y tocando la flauta ó entonando alguna canción. Si gozamos de algunos años de paz, Dios será aquí conocido y amado de todos:

«En nuestra estación bautizamos cada mes de ciento cincuenta á doscientos adultos, una vez cumplidos rigurosamente los cuatro años de prueba. El domingo, mientras que el P. Achte instruye á los bautizandos en la capilla, yo explico al aire libre, ante numeroso auditorio, una verdad del Catecismo.

«Así que un grupo ha recibido el agua santa, se admite á otro para prepararse. Estos días examino á doscientos cincuenta y cinco que recibirán el bautismo el día de Todos Santos. Al manifestar mis deseos de dejar para otro mes á diez mujeres que no habían explicado bien un punto secundario del Catecismo, exclamaron entre lágrimas y suspiros:

«—¡Cómo! ¡no tienes compasión de nosotras, puesto que quieres dejarnos esclavas del demonio!

«Su llanto me conmovió y recibirán el bautismo.

«—Nos parecemos, me decía un jefe subalterno en una conversación, á las altas hierbas de nuestros campos: cuanto más nos quemamos, más crecemos.

«Ciertamente, el Espíritu Santo parece haber descendido sobre este pueblo... Así ¡cuán doloroso es para nosotros el recuerdo de que las otras provincias de un país tan bien dispuesto para la fe, han sido entregadas á la herejía!

«Nuestros progresos causan tanto despecho á los protestantes, que no cesan de trabajar para la destrucción de los católicos.

«—Apresurémonos se dicen, pues en breve será ya tarde.»

El P. Brard da de la estación de Santa María del Ecuador, situada al N. O. de Buddu y no lejos de Katonga, detalles casi idénticos en su carta del 15 de Noviembre.

«Distamos, dice, sólo quince minutos del lago, á vista de Sesé, y nuestra parroquia se extiende á lo largo del Nyanza, de Katonga á Kagera (unos cien kilómetros); su anchura es de cinco leguas. Contamos quinientos cuatro bautizados, unos dos mil catecúmenos, y de veinte á veinticinco mil paganos. Esta es la comarca

menos poblada de Buddu, pues los católicos se han retirado al interior. Nuestra reducida grey se compone en su mayor parte de baseses, que prefieren quedarse en las inmediaciones del lago para no perder de vista su querida isla, de la que se han expatriado para conservar la fe. Sus dos jefes principales, Sawaya y Semuggala, se preparan para recibir el bautismo. A este último le han ofrecido restablecerle en su dignidad si se hacía protestante, pero lo ha rehusado.

«Neófitos de todas las partes del vasto distrito asisten á nuestras instrucciones y se preparan para el bautismo. Cada cuarenta y cinco días admitimos un centenar de entre aquellos que han llegado al término de prueba y saben perfectamente el Catecismo abreviado. Asisten al Catecismo de la mañana durante dos meses, y luego se les examina para ser admitidos al de la tarde, donde se les explican los Sacramentos y la vida cristiana. Si merecen la aprobación continúan este Catecismo durante tres meses, sin dejar por esto de asistir al de la mañana. Tenemos, pues, cada cuarenta y cinco días cien bautismos de catecúmenos, los cuales, después de sus cuatro años de prueba han frecuentado continuamente al Catecismo por espacio de cinco meses. Todos están muy bien dispuestos, y el trabajo de la gracia es verdaderamente admirable, más aun á mi parecer, que en otros tiempos en la capital. Nada más conmovedor que su fe viva, su confianza sin límites en la Providencia y su sumisión á la santa voluntad de Dios. Casi todos, una vez bautizados, perseveran en sus fervorosos sentimientos. Dos terceras partes de los neófitos se acercan á la Santa Mesa cada domingo, y lo mismo en todo el Buddu. La contradicción no ha hecho más que volverlos más y más á Dios, y Dios en recompensa les otorga abundantes consuelos. ¡Ojalá que algunos años de paz favorezcan este trabajo de la divina gracia, que acabaría por arrastrar la masa de los paganos! ¡Si nos fuese dable llenar de estaciones de misioneros una tierra tan bien preparada! A la vista de tantas almas que para entrar en el redil sólo aguardan la voz del enviado del Buen Pastor, estoy tentado de escribir como San Francisco Javier, no á las Academias de Europa pero sí á los numerosos seminaristas: «Os conjuro para que vengáis en nuestra ayuda.»

Estos extractos son ya muy largos; sin embargo, no podemos menos de consignar las esperanzas que hacen concebir los misioneros que trabajan en el territorio alemán al Oeste y al Sud del lago. Vencidas no pocas dificultades, debidas á la desconfianza de algunos jefes bazibas, el Ilmo. Hirth ha podido fundar una nueva estación en las cercanías de Bukoba (Marienberg), cuyo núcleo lo formarán refugiados bagandas. Los ejemplos de estos fervorosos cristianos y su espíritu de proselitismo ejercerán bienhechora influencia en las poblaciones vecinas.

Adviértese un movimiento de conversión extraordinario en la más antigua Misión de Bukumbi. Hasta el presente los indígenas se habían mostrado muy indiferentes. Mas ahora parecen tocados de la gracia que arrastra á las tribus del Norte y del Oeste.

El P. Levesque escribía el 9 de Diciembre, desde Nuestra Señora de Kamoga:

«La Providencia parece fecundiza ya los sudores de tantos celosos misioneros que han trabajado por la conversión de los pobres basukumas. El movimiento es notable, y si continúa, podremos tener aquí una cristianidad que nada tendrá que envidiar á la de Buganda.

«Soy el único encargado de la evangelización de estas pobres almas. Paso todo el tiempo en instruírlas, y considero poco aprovechado el día que no catequizo seis ó siete horas. Entre mis catecúmenos tengo la satisfacción de contar á Mzingué y Kimburi, hijos del rey Kiganga. Ayer el *mtemi* me prometió enviar uno de sus nyamparas á todos los pueblos para inducir á los managwas á enviar su gente al Catecismo. La conversión de algunos jefes apresuraría la de las masas. Pronto bautizaremos á los adultos que el mes último terminaron los cuatro años de catecumenado: otros doce, que saben las oraciones de mañana y noche, y también el Catecismo abreviado, han recibido la medalla de María Inmaculada, signo distintivo de los más adelantados; muchos de éstos serán bautizados por Pascua...»

Me complace en añadir que en todos los puntos donde se extiende la influencia alemana, los oficiales europeos ven con buenos ojos nuestras obras y reconocen su importancia desde el punto de vista de la civilización.

No sucede lo mismo al Norte del lago. Los negros protestantes muéstranse como siempre hostiles, y estrechan á los agentes ingleses para que expulsen á los católicos del país puesto bajo la protección inglesa. Un día van presurosos al fuerte de Kampala, para anunciar que los juvenes sobrinos de Mwanga han sido llevados de Ukumbi á Buddu para oponerlos á su tío. Otro día refieren que han visto al Ilmo. Livinhac en persona llegar con dos veleros, montados por alemanes y provistos de cañones, dirigiéndose hacia las islas de Sesé para conquistarlas. Los musulmanes, mejor informados, juran que no son alemanes los que acompañan al Obispo conquistador, sino franceses, y una fuerte escolta suministrada por el Sultán de Constantinopla.

A pesar de lo absurdo de estos rumores, el Residente inglés guárdase bien de tratar de impostores á los maliciosos inventores, y deja que los crédulos negros se irriten contra los *refugiados* de Buddu. Otro día, á fin de comprometer á los católicos, propónenles secretamente unirse con ellos para atacar á los ingleses. Hasta se ha llegado á hacer escribir por Mbogo, jefe de los musulmanes, una carta secreta en la cual pedía apoyo á los jefes católicos para destronar al rey protegido por Inglaterra. Añadía que, si aceptaban su proposición, se lo hiciesen saber *por escrito*. A soltarse una palabra imprudente en estos casos, se hubiese quizá enviado una expedición para exterminar á los supuestos conspiradores.

Con la pretensión de que se aprecien sus servicios, la Compañía Inglesa se presenta á los ojos de Europa como libertadora de esclavos. Véase un hecho que prueba cómo algunos de sus agentes entienden realizar este programa. Refiérela así el P. Guillermain:

«*Diario de Santa María de Rubaga*.—3 de Septiembre.—Voy á visitar Kyalo de Kisubi que nos han restituído. Por el camino encuentro una interminable

caravana de mujeres jadeantes y llevando esteras en la cabeza. Interrogado un hombre de la caravana, me dice que las mujeres vienen de Sesé, donde el jefe protestante Mlamba ha ido á capturarlas. Pregunto entonces quién ha enviado á Mlamba, y respóndenme que cumple las órdenes del Rey y de Katikiro. De pronto una de las mujeres me reconoce, y échase á mis pies gritando que los Padres la instruyeron en otro tiempo. En esto llega el jefe, Mlamba en persona, y le pregunto quién le ha enviado.

«—El capitán, responde.

«Escribí inmediatamente al P. Gaudibert para que visitase á M. Williams.

«El capitán niega que enviase á Mlamba, y muestra su descontento. Compónese la caravana de *cuatrocientos*

el 28 de Septiembre al P. Gaudibert por que no volvía á encargarse de la Misión de Bugoma, en la isla del Sesé. El Padre contestó que únicamente esperaba su autorización.

—Vaya V. pues á reedificar, replicó el capitán: porque los baseses se rebelan contra sus jefes protestantes: tal vez prefieren á V.

El P. Guillermain apresuróse á dar noticia de las proposiciones del Residente al P. Brard, quien inmediatamente tomó el camino del Sesé. Pero dejemos la palabra á dicho Padre:

«El fuerte, el Rey, los protestantes acababan de devolvernos Bugoma... Embarquéme con unos veinte remeros y una escolta de seis hombres con la intención de ver nuestra propiedad, y despejar de escombros la



TÚNEZ.—El Sr. Hebrard en la cabaña de un príncipe, en el oasis de Tozeur. (Pág. 326)

tas mujeres. Ha decidido que el Rey tome ciento, y que las restantes sean puestas en libertad. Esto significa sencillamente que los protestantes se apoderarán de ellas y las dispersarán por sus campos; pues para asegurar la libertad de estas infelices es indispensable las acompañe una buena escolta á sus islas y á su respectivo domicilio, pues de lo contrario serán presa de quien quiera apoderarse de ellas.»

Pretende M. Lugard haber garantido la libertad á los misioneros en todas las provincias de Uganda, y declara no haberlos comprendido en la prohibición de circular los católicos con escolta armada, excepto en Buddu. Algunas líneas del P. Brard nos muestran cómo se interpretan estas instrucciones. M. Williams preguntó

tumba del querido P. Chantemerle. Apenas corrió la noticia de mi llegada, los tambores guerreros redoblaron por todos lados y en menos de dos horas, dos mil baseses armados, conducidos por sus jefes protestantes que los habían engañado, encontrábase al rededor de mi casa. Pruebo de hablar... Vano intento; pues los protestantes más fanáticos querían hacer fuego. Volví, pues, á tomar el camino de mi Misión, confiando al buen Angel de Sesé el cuidado de guardar las numerosas ovejas que tenemos entre aquellos lobos...»

No prosigamos tan penosas citas. Esperemos que, á pesar de la mala voluntad de los agentes actuales, nues-

tra Santa Religión continuará extendiéndose, y que Inglaterra enviará representantes más tolerantes y más cuidadosos de los verdaderos intereses de su patria.

COLOMBIA (América del Sur)

Excursiones apostólicas al territorio de la Goagira y Sierra Nevada

EL 29 de Junio de 1892 el Rdo. P. Fr. Ildefonso M.^a de Llanera y Fr. Buenaventura de Villapún, capuchinos, se embarcaron para hacer una expedición á las Costas goagiras. Después de dos noches y un día de penosa navegación llegaron á Bahíahonda, donde fueron cordialmente acogidos, y el Padre administró el bautismo á 20 párvulos y adultos. Desde allí se dirigieron hacia la ranchería del *Coronel*, quedando desagradablemente sorprendidos al ver que apenas había un indio que no estuviese embriagado, excepto las mujeres y los niños: sin embargo, á pesar de que cuando se hallan en este estado no respetan ni á sus mismas madres, besaron humildemente el Crucifijo de los misioneros, y les felicitaron por su llegada. Luego que entraron en sus ranchos, les preguntó el P. Llanera:

—¿*Karayana yuchinka?* (¿Cómo os llamáis?)

—*Machinzari guaya.* (No tenemos nombre, respondieron).

Pernoctaron en esta ranchería, y el día siguiente recibieron el bautismo 15 párvulos y adultos. Luego emprendieron el camino para puerto Estrella, á donde llegaron al medio día con un sol abrasador. De resultas del cansancio y el calor padeció el Padre fuertes calenturas con vómitos y diarrea; ocho días estuvo en cama, pero no de colchones, sino de un sencillito lienzo atado á dos palos, que allí llaman hamaca. Como perdió las fuerzas tuvo que bautizar sentado en la misma hamaca.

Cuando se repuso internóse con su compañero hasta el lugar de Maguaypá, donde administró también el bautismo á varios párvulos y adultos, siendo muy bien tratados por los indios, y algunos civilizados allí establecidos por razón de comercio.

Al cabo de dos días fueron á la ranchería de José Agustín, como así se llama su caporal ó sea reyezuelo. Las indias se escondieron temerosas: el caporal sabía el español y sirvió de intérprete con sus súbditos. Por la noche cedió su rancho á los misioneros, quedándose él y su familia afuera. A la mañana siguiente á las cuatro mandó á su hijo que diese un redoble de tambor para que acudiesen los indios á bautizarse y á oír Misa: celebróse ésta en un altar portátil, y acto continuo Fr. Buenaventura instruyó á los adultos, y luego junto con los niños fueron bautizados unos 70.

Poco después regresaron los misioneros á Maguaypá y luego se dirigieron hacia Bahíahonda á aguardar el buque, que llevó á Riohacha.

Extrañas son las costumbres de los indios de las citadas rancherías. Cuando uno de ellos enferma, otro, llamado *Piache*, que dice que ve al demonio ó *Féroga*, (así se llama en goagiro), para ahuyentarlo del enfermo canta y sopla. Si muere, le doblan las piernas, y avisan á todos los indios, para que acudan á llorar. Reunen

muchos barriles de aguardiente y ron, matan veinte ó treinta bueyes según la riqueza del difunto, y lo distribuyen todo entre los que se han reunido para llorar: el llanto consiste en humedecerse los ojos, y gemir hasta que se concluye la carne y la bebida. Si el difunto es de otra ranchería, lo suben á caballo, y después de haberle llorado donde murió, lo llevan á donde nació, donde le lloran también; y le dan sepultura, no acostado, sino sentado, y le ponen comida y bebidas, de las que gustaban al difunto. Si éste era rico le lloran hasta que se concluyen las riquezas.

Sus leyes son tantas como las castas: en unas está prohibido mentar el nombre del difunto: quien le nombra tiene que pagar una ó dos vacas. Nunca, ni aun cuando duermen, dejan sus armas, que consisten en flechas, rayas (especie de saetas con una espina envenenada) y escopetas. Los individuos de algunas castas tienen tantas mujeres cuantas pueden comprar con ganado y otras cosas: hay indio que posee seis. Otra de sus leyes establece que si un indio mancilla á alguna india, pague dos delitos, robo é ignominia; de lo contrario entablan una guerra. Los indios durante el día van desnudos, con sólo unas enaguillas; por la noche y en la madrugada llevan una manta. Las indias, tanto de día como noche, van cubiertas con una especie de bata, de tela recia, que se tejen ellas mismas. Raras veces muestran los pies, ni andan escotadas. Son más piadosas que los indios, y más trabajadoras. Al presentarse á personas civilizadas se ponen muy bien arregladitas con collares de coral y otros objetos, y apenas levantan los ojos para mirar á los hombres.

El clima, desde el mar á la montaña es muy seco y árido: se hallan muchas culebras ponzoñosas y mosquitos de picadura tan venenosa que hinchan las piernas.

El mismo P. Llanera y Fr. José de Castroverde embarcáronse el 22 de Agosto, en el puerto de Riohacha para ir al de la *Punta*, donde celebró Misa el Padre, con grande alegría de los habitantes. Desde este pueblo fueron á Bibulla, y luego á Sierra Nevada, visitando todas las aldeas y bautizando á los indios.

En esta sierra hace frío intenso, y las nieves son perpetuas en los puntos más elevados. En ella hay minerales de oro y otros metales, y se crían toros como en España. Diseminados en los montes encuéntanse pueblecitos de indios. Su lenguaje es sumamente difícil, pero casi todos hablan el castellano aunque muy mal. Sus vestidos consisten en camisa y calzones blancos: el pelo lo dejan crecer; van descalzos; no llevan armas para defenderse, y cuando quieren vengarse de un enemigo lo envenenan con ciertas hierbas. En vez de fumar tabaco, mastican la hoja de una planta llamada *yayo*, y después con un palito se ponen cal en la boca. Las mujeres visten únicamente un pedazo de tela que les cubre desde el cuello hasta la rodilla.

Estos indios son muy supersticiosos: celebran las festividades embriagándose, y cuando sacan en procesión el Santo Patrón bailan y gesticulan: felizmente el P. Llanera ha corregido ya muchas costumbres extravagantes. En los diversos pueblos de la serranía administró 40 bautismos y 15 matrimonios.

ALASKA (América Septentrional)

(Continuación) (1)

La escuela de Holy Cross.—Educación.—Primeros frutos maduros para el cielo.—Heroísmo de una Religiosa

EN la educación de nuestros alumnos procuramos ante todo que sean buenos cristianos, y luego los acostumbramos al método de vida y á las ocupaciones que más adelante puedan serles útiles y contribuir á la civilización de Alaska. Así, pues, los muchachos aprenden á cultivar la tierra, á cuidar las plantas y cosechar los frutos. Se aplican también al arte de carpintería, tanto para construir casas con ventanas, puertas y demás, como para el suministro de los utensilios domésticos y muebles más comunes. Las niñas, por su parte, aprenden á guisar los alimentos más comunes, á tener la casa limpia y hacer la colada. Enséñaseles además el arte de coser la ropa blanca y los vestidos, y de hacer el calzado propio de los esquimales. No pocas aprenden el bordado y especialmente el encaje, industria que ha introducido en Alaska sor Josefa: algunas mujeres de la aldea la han aprendido ya de nuestras alumnas, y trabajan durante el invierno para vender algunas piezas á los mercaderes ó para el propio adorno. Por último, niños y niñas hacen notables progresos en el dibujo y el canto; particularmente las últimas aprenden con facilidad el solfeo y la lectura musical, y aun algunas estudian el armonio con esperanza de feliz éxito.

Como se ve, los niños esquimales son de ingenio despejado y capaces de enseñanza superior en las bellas artes, como lo demuestra también su facilidad en el estudio de las letras. En breve tiempo aprenden perfectamente la lengua inglesa, y á leer, escribir y contar, con asombro de los americanos y comerciantes que pasan por nuestra estación. El Sr. Juan Petroff, que en nombre de los Estados vino á Alaska para hacer el censo al cabo de un año ó poco más de estar abierta la escuela, escribe en su relación al Gobierno:

«Llegamos á Kosyrevsky. Aquí la Misión fué fundada por Jesuitas dos años ha, y cuenta con una excelente escuela dirigida por Hermanas de Santa Ana, las cuales en poco tiempo han demostrado lo mucho que puede esperarse de los indios mediante una buena educación. Ninguno de los veinticuatro niños de ambos sexos ha estado bajo la dirección de las Hermanas más de dos años, y sin embargo, todos hablaban inglés. Después de la recreación las Religiosas los reunieron para examinarlos, y todos dieron pruebas de aplicación en los diferentes estudios. Invitáronme luego á asistir á una representación en la que tomaron parte todos los niños. El dramita lo escribió para ellos uno de los Padres y contenía una lección moral. Todos desempeñaron perfectamente su papel, que acompañaban con adecuados movimientos. Al terminar, uno de los muchachos pronunció un discursito de gracias por haberles alentado con mi presencia, y asistido á sus ensayos. Entregóme después el discurso escrito por su mano y firmado así: *Mi nombre es José, y tengo siete años.*»

Todo esto es fruto de la docilidad natural de estos buenos muchachos. En las horas de estudio aplicanse á él con silencio admirable, del que se desquitan en sus juegos.

A su índole natural despejada, viva y enérgica, juntan una piedad é inocencia que encantan. Cuando oran en la capilla parecen ángeles del cielo. En 1890, después de una instrucción de casi dos meses, admití á algunos á la primera Comunión. Por la primera vez en Alaska celebrábase este acto solemne. Antes de administrarles el Pan eucarístico me volví para decirles breves palabras; pero quedé tan sorprendido viendo su modestia, compunción vivísima y copiosas lágrimas, que me sentí también profundamente conmovido y no pude proseguir. El año último no quise partir para Roma sin darles un triduo de ejercicios. En aquellos días de retiro no se notó en ellos la más leve falta, y niños y niñas observaron un silencio tan riguroso y una modestia tan ejemplar, que la escuela parecía trocada en un pequeño monasterio de Cartujos.

El 2 de Junio de 1891 un primer angelito voló al cielo desde la escuela de Holy Cross, y fué una niña de diez años. Enfermó de asma, y aunque sufría acerbamente, nunca salió de sus labios una palabra de queja, maravillando á todos su paciencia y resignación. Pocos días antes de su muerte le administré el Santísimo Viático, y desde aquel momento todas sus ansias fueron encontrarse con el *pequeñito* Jesús. Un día en que el mal la hacía sufrir más que de ordinario, contestó al Padre que le prodigaba palabras de aliento:

—Pienso de continuo en Jesús, María y José, les dirijo una *pequeña* súplica, y así siempre estoy contenta.

Otra pérdida dolorosísima experimentamos el 9 de Marzo de 1892, y confieso que no puedo recordarla sin lágrimas y sin hacer nuevo acto de resignación á la voluntad de Dios. Murió en dicho día mi querido Andrés, el alma más escogida que conocí entre los esquimales, el compañero de mis viajes, nuestro brazo derecho en la fundación y gobierno de la escuela de Holy Cross. En él fundaba lisonjeras esperanzas, y todo me parecía prometer que á su tiempo hubiera sido un fervoroso misionero y el apóstol de su pueblo. Mas este querido jovencito estaba ya maduro para el cielo.

En los tres meses de su dolorosísima enfermedad de reumatismo que desde las piernas le subió lentamente hasta el corazón, no sólo nunca exhaló un lamento, sino que decía á sus compañeros que el Señor se compadecía de él, pues le daba ocasión de purgar con aquella dolencia sus pecados. Una sola cosa le entristecía en los últimos momentos de su vida, y era que su padre aun no había abrazado la fe.

—¡Oh! si mi padre me viese morir, exclamaba, si pudiese hablarle una vez más, ciertamente se convertiría.

Sentía también mucho tener que dejar dos hermanos y una hermana, todos más jóvenes que él, temiendo que no perseverarían en el bien, y que las malas compañías los pervirtiesen. Pero así que se le dijo que lo encomendase todo al cuidado de la Divina Providencia, se aquietó, y no habló ya más de esto. Deseaba que se orase en alta voz en torno de su lecho, y que se le sugiriesen jaculatorias, que repitió sin cesar con el mayor

(1) V. núm. anterior, págs. 292-294.

afecto hasta exhalar el último suspiro. Fué el primero que recibió de nosotros el bautismo, y el primero también en morir con los Santos Sacramentos correspondientes, excepto la Confirmación, por no haber quien tuviese facultad de administrársela.

El lugar de su sepultura es ahora visitado por sus compañeros, que le rezan el Rosario todos los domingos, acompañándoles no pocos indígenas, especialmente en los días de Comunión.

Tales son los consuelos que nos da el Señor en nuestra ardua Misión, y si de esos principios debemos augurar para lo futuro, cierto que la mies abunda, y no falta otra cosa que operarios. Los Padres y las Hermanas trabajan cada uno por diez, y no obstante la vida de extraordinario sacrificio, creo difícil haya quien tenga mayor afecto á su Misión. Unicamente el P. Genna, á consecuencia de una grave enfermedad que le imposibilitó para el santo ministerio, ha tenido que volver á los Estados. En prueba de lo dicho puedo referir el siguiente hecho, y con tanta mayor libertad cuanto sé que la presente Memoria no llegará á manos de sor Josefa, y así no podrá ofender su admirable modestia.

Esta excelente Hermana, de las primeras que llegaron en 1888, enfermó tan gravemente que obligado por la caridad cristiana le ordené se dispusiese á partir para los Estados, á fin de recobrar la salud en su convento de Vancouver, en el Canadá. Pesarosa por tener que dejar la escuela y sus amadas niñas, me aseguró que moriría gustosa donde el Señor la había llamado. Obedeció, sin embargo, y en Julio de 1892 partió conmigo y llevando una muchacha india. La dejé en San Francisco, desde donde marchó al Canadá, mientras yo me dirigí hacia Nueva-York y Europa. Más tarde he sabido por carta de la muy reverenda Madre General de las Hermanas de Santa Ana, que después de dos meses de tratamiento inútil, los médicos propusieron á sor Josefa una operación dolorosa y de sumo peligro, pero que aseguraba la curación.

Añadieron, no obstante, que la operación no era absolutamente necesaria, y que podría la Hermana vivir aún algunos años, aunque algo enfermiza, con las comodidades que le ofrecería la caridad de su monasterio en un país civilizado. Sor Josefa, anhelando volver á su Misión, hizo prometer á su superiora que le daría licencia para volver á Alaska si curaba verdaderamente; y luego, dispuesta á morir si tal era la voluntad de Dios, ofrecióse con acto verdaderamente heroico á la cruenta operación.

Tuvo ésta felicísimo éxito; los medicos la dieron por completamente curada, y en el próximo Junio, Dios mediante, nos reuniremos de nuevo en San Francisco para volver á Alaska, en compañía de otras Hermanas, movidas por el noble ejemplo de su compañera.

ISLAS CAROLINAS (Polinesia)

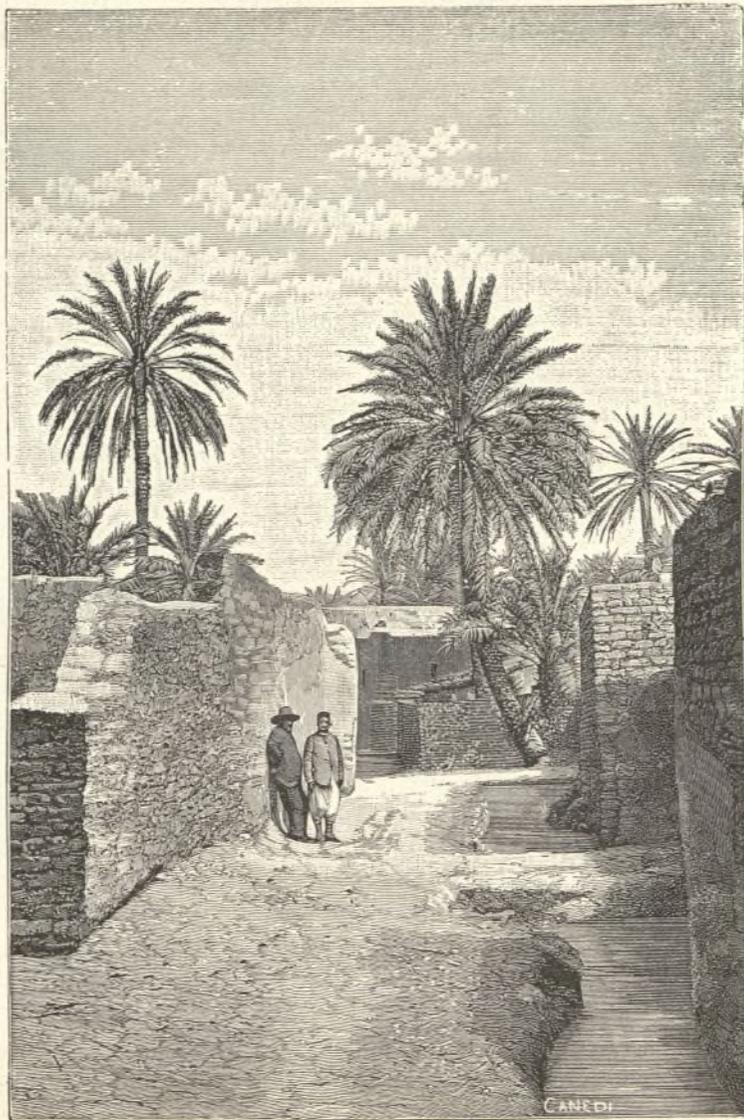
Misiones de los reverendos Padres Capuchinos.—Trabajos y frutos de los misioneros en Yap, Ponapé, Palaos, etc.

EL día 26 de Enero de 1892, escribe el Padre misionero de Yap, se bendijo una capilla dedicada á San Fidel de Sigmaringa, en un pueblo de la costa llamado Ariñgel.

Asistió al acto el señor Gobernador de esta región, y fué padrino de los tres párvulos que se bautizaron acto continuo. Todas las semanas visitamos dicha capilla, y á ser posible todos los domingos y fiestas un Padre dice la Misa y catequiza á los indígenas, que están bastante animados.

El Padre que reside en San Francisco de Guror da cuenta de sus adelantos en los siguientes términos:

«Las supersticiones tan comunes entre estas gentes son causa de que, á pesar de las excursiones que hago casi todos los días con el fin de atraerles y enseñarles las verdades de nuestra Religión, sea escaso el fruto, si bien este año con la ayuda de Dios ha sido algo mayor, pues han ascendido á 55 los bau-



TÚNEZ.—Canal, calle y entrada del oasis de Tozeur. (Pág. 324)

tizados, siendo igualmente más numerosas las confesiones y comuniones: sólo el número de casamientos deja que desear, pues á causa de las pervertidas costumbres de los indígenas es casi imposible sujetarles á vivir con sus consortes.

«No deja el Señor, sin embargo, de suavizar mi desconsuelo. En la capilla de la Divina Pastora de Malay se han bautizado 9, y espero no terminar el Noviembre sin ver más de treinta cristianos.

«También en Torú, en la isla de Map, en la parte del Norte, levantamos una iglesia y casa residencia, mostrándose los indígenas muy animados y contentos con los misioneros. La iglesia se está concluyendo y se ha bautizado á 20 isleños.

«Otro campo se nos abre ahora no muy lejos de nuestra primera y actual residencia Santa Cristina. Se trata de un gran pueblo, Rul, que la Divina Providencia nos lo hace doblemente accesible, pues el jefe principal toma parte en el comercio formando compañía con una factoría española, con lo que tendrá que ponerse más en contacto con nosotros; y por otra parte el tránsito á dicho pueblo, hasta ahora muy difícil por interponerse un brazo de mar, se facilitará en breve por un magnífico camino de piedra trazado en el agua.

«El 20 de Abril llegué á las islas Palaos, á donde (haciendo no poca falta en esta isla por la escasez de Padres) había ido á visitar aquella nueva y espinosa Misión. En efecto, muy ardua se presenta aquella tierra, y se necesita mucha constancia y paciencia para recoger algún fruto. Para formarse idea de las dificultades que ofrece la conversión y reducción de aquellos infieles á nuestra fe, véase lo que escribe últimamente uno de los Padres de aquella Misión:

«Ahora, visto el modo de ser de estas gentes, se podrá comprender la lucha continua que nos vemos obligados á sostener con ellos para ir poco á poco apartándoles de sus inveteradas costumbres, las cuales pugnan con la civilización, y sobre todo con la Religión católica. Y esto es tanto más trabajoso cuanto que todo ese tejido de costumbres y observancias son leyes entre ellos, rigurosamente protegidas y conservadas por su forma de gobierno, que exige se vote y discuta el menor detalle de la vida que pueda introducir novedad, y multa la más leve transgresión de esas leyes. Uno de los principales obstáculos de la Misión es el tener que ser los ricos los primeros en instruirse y bautizarse. Al vestido le tienen horror, y cuantas veces hemos intentado dar ropa á los hombres, otras tantas nos han dicho que aguardemos un poco. A las mujeres les hemos dado batas; algunas se las han vestido inmediatamente, y marchado al pueblo, pero ya no las hemos vuelto á ver vestidas.»



MADAGASCAR.—Sendero y triple puerta en Ambohimanjaka. (Pág. 333)

«Actualmente tenemos una iglesia en Santa Cristina, donde hay instalado el Apostolado de la Oración y varias capillas, unas en San Francisco de Guror (aquí está la Archicofradía del Cordón de nuestro Seráfico Padre San Francisco); otra en Ariñgel, dedicada á su patrón San Fidel; otra en San José de Torú; otra en Malay, en la que se venera á la Divina Pastora y que se bendijo el día 5 de Octubre de 1891, y otra en Palaos.

«Digo que actualmente tenemos una iglesia, pues el 18 de Noviembre del año pasado un baguio que pasó por aquí destruyó la de San Francisco de Guror juntamente con la casa del Padre; de la iglesia sólo se salvaron los vasos sagrados, imágenes y algunos pocos ornamentos; pero de las cosas de casa ni siquiera un bocado.

«Los ancianos no recuerdan otro baguio igual, y en verdad fué violento, pues no dejó en pie ni un malecón, ni casa, ni bote que pillase á la orilla del mar desde el Norte al Sur de la isla; pero sobre todo cargó en San Francisco de Guror, donde arrancó los cocoteros de raíz y otros árboles. El agua subió dos ó tres metros del nivel ordinario y se internó en el bosque, arrastrando árboles y harigues enormes, y hasta las mismas piedras que había arrancado de los malecones ó pantalanos.

«El P. José se quedó sólo con el hábito que tenía puesto; ni aun el Breviario pudo salvar y así tuvo que rezar el Rosario en lugar del Divino Oficio.

«Los ejercicios espirituales, como el año pasado, los hemos hecho en dos tandas: por Octubre y Noviembre.

«Aunque experimentamos dichas desgracias, y además en Junio el trancazo, de ningún modo desmayamos, gracias á Dios.

«Los frutos espirituales durante el año 1892 han sido: Bautismos 192, de los cuales 30 en la naciente Misión de Palaos; confesiones pascuales, 128; comuniones, 93; extremaunciones, 4; matrimonios, 4.

«Hay en la Misión 400 católicos; 10 protestantes, y 23,000 infieles próximamente.»

El P. Antonio de Valencia escribe:

«En Palaos, cuando yo salí para ésta, la Misión se presentaba bastante difícil por causa de las muchas supersticiones, y sobre todo por la oposición de los reyezuelos á que los naturales se instruyan, y conviertan á la fe católica. Desde el momento que haya un cambio en los que gobiernan creo que se podrá hacer mucho fruto.

«Ahora estoy en la residencia de Santa Cristina con el muy reverendo Padre Superior. Los domingos celebra la Santa Misa en una capilla de la otra costa de la isla, y suplo al Padre cuando sale para alguna parte. Voy haciendo acopio de frases nuevas, y formando reglas para perfeccionar una gramática y aumentar el catecismo que formó el M. Rdo. P. Daniel.

«Cuando lleguen los nuevos misioneros, iré en seguida á fundar otra nueva residencia y cristiandad, conforme desea el Padre Superior: es muy conveniente aumentar los centros de enseñanza, porque se conoce y se trata con más gente, y se pueden bautizar los niños y algunos adultos *in articulo mortis*.

«Aquí en Yap, en esa residencia de Santa Cristina hemos celebrado las fiestas de la Inmaculada Concepción y la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo del mejor modo posible. El día de la Concepción hubo Misa solemne con ministros; la cantamos con acompañamiento de clarinete y violín: por la tarde salió una bonita procesión con las imágenes de nuestro Padre San Francisco, Patriarca San José y la Purísima Concepción, precedida de más de treinta niños vestidos de blanco y medalla del Sagrado Corazón de Jesús; más de treinta niñas con traje blanco, corona de flores y medalla de la Virgen, y seis niños con bonitos trajes de angelito. En la Nochebuena hemos tenido Misa cantada á media noche y villancicos al Divino Niño, al estilo de nuestros conventos de España. La orquesta ó charanga que ha tomado parte en estas fiestas se compone de dos violines, dos guitarras, una flauta de caña, un bajo de caña, un triángulo, una pandereta y dos tambores. La gente ha quedado muy contenta.»

El P. Luís de León escribe:

«En el pueblo de San Fidel de Ariñgel bauticé unos 20 adultos. Al mismo tiempo empecé á visitar los pueblos con muchísimo fruto: estuve en aldeas donde nunca habían visto misioneros: al principio huían de mí y alguna vez se subían á los árboles, creyendo que yo era algún *kau*, á quien temen extraordinariamente, pero con la frecuencia de las visitas, y con espejitos, collares, sortijas, galleta y otros objetos de poco valor, pero que ellos aprecian muchísimo, les fuí ganando la voluntad y principié á hablarles de las cosas de Dios, logrando bautizar á muchos solemnemente y otros *in articulo mortis*. Poco tiempo después se principió la residencia de la isla de Map, cuyo patrón es el glorioso Patriarca San José, y el Padre Superior me ha encargado esta nueva residencia. En la capilla provisional he bautizado á 22 adultos y 2 párvulos.»

El P. Luís M. de Granada comunica desde Goreor:

«Del año pasado acá ha habido varias alternativas. En el mes de Abril, en que se hallaba aquí el P. Daniel, empezaron á venir otra vez á escuela las hijas de

los llamados ricos y algunos hijos. Aquéllas empezaron á llevarse vestidos para ponérselos el domingo y venir á Misa. Acudieron como cosa de un mes; pero como esta gente es muy servicial con los extranjeros, y había varios en una isla cercana, se fueron á vivir allí, y ya no vinieron á la escuela, ni volvieron á ponerse ropa, por lo que he tenido que recogerla. Si los llamados ricos no quieren, los pobres, aunque deseen, no se atreven á hacer nada, pues los ricos han de ser primero en todo.

«Para bautizar á los párvulos no hay inconveniente por parte de los reyezuelos, ni para los adultos *in extremis*, aunque las familias de éstos temen se mueran más pronto. Desde el año pasado por este tiempo hemos bautizado 1 adulto, y 27 párvulos que estaban fuera de peligro de muerte, y 6 adultos *in extremis*. Cuya suma, incluidos todos desde que vinimos es: 2 adultos (fatuo y ciega), otra adulta bautizada *in extremis* que no murió, 30 párvulos, y 10 adultos *in extremis*. Total, 43.»

El P. Toribio de Filiol escribe desde Palaos:

«Estos indios son de peores costumbres que los de Yap, puesto que allí tienen las casas abiertas y rara vez falta algo, pero aquí hay que tenerlo todo bajo llave, y al menor descuido se queda uno sin la mejor alhaja aun cuando no les aproveche para nada. ¡Cuántas veces nos hubieran quitado la vida si no fuera por temor á los buques de guerra! Han prohibido los reyezuelos que nadie venga á la escuela, y el que se pongan ropa fuera del tonelete: no sé si podremos conseguir con regalos levantar dicha prohibición. Para bautizar niños y enfermos á la hora de la muerte, caso en que no necesitan ropa, no hay grandes dificultades; así es que desde que estoy en Palaos hemos bautizado 15 párvulos y 2 adultos *in articulo mortis*.»

El P. Saturnino de Artajona participa desde Ponapé:

«En el año 1892, que hoy finaliza, han recibido el Bautismo 7 infantes, uno de los cuales voló al cielo á los pocos días. El Padre Superior en la Cuaresma hizo á los soldados las pláticas preparatorias y á los marineros en los buques, cumpliendo con el precepto pascual 67. En la Misión de Alemiang (Kiti) han recibido el Bautismo 4 adultos, que suficientemente instruidos y á petición suya, se unieron inmediatamente con el vínculo del santo matrimonio, y 1 infante que subió al cielo, luego de bautizado. Total: 5 bautismos, 2 matrimonios y 1 defunción. Creo que en breve quedará impreso el Diccionario, vocabulario y nociones de gramática de la lengua de Ponapé por el P. Agustín, y en seguida activará el Catecismo con devociones y cánticos que tiene preparado.»

NOTAS SOBRE CHANG-HAI

POR EL RDO. P. RAVARY, DE LA COMPANÍA DE JESÚS

MISIONERO EN KIANG-NAN

V

Sacrificios y oblacones usados en China.

PPRIMERO. *El sacrificio de los tres animales.*— Ofrécese dos veces al año, en la época de los equinoccios. En el grabado de la pág. 329 vese un mandarín superior ofreciendo el sacrificio de tres ani-

males en la pagoda de Confucio, ante la tablita del «Príncipe de los filósofos del Celeste Imperio.»

Acompañan al ta-jen dos secretarios y dos oficiales del tribunal en traje de ceremonia. En el fondo de la sala y sobre el altar hay la tablita de Confucio en un cuadro ricamente esculpido y cobijado por un baldaquino, sostenido por dos columnas, en las cuales se enrosca el famoso dragón de cinco garras. En la tablita se leen estos siete caracteres dorados: Ta-chen-kom-tse-tse-lin-wei, ó sea, asiento donde reside el alma del gran santo Kom-tse (Confucio).

Delante de la tablita, entre el altar y la mesa llena de ofrendas, están colocadas en trébedes las víctimas: el buey en el centro, la oveja á la izquierda, y á la derecha el cerdo. Entre dos velas rojas, adornadas con papelititos y sentencias, arde el incienso en un pebetero. A ambos lados hay ocho platos, dispuestos con simetría, conteniendo potajes, alcandía, mijo, etc., y dos jarros de vino.

Al lado izquierdo se colocan los ciento ó ciento veinte cantores y músicos, sirviéndose de instrumentos antiguos de todo género para acompañar los numerosos y variados cánticos de rito; y á la derecha hay de cuarenta á cincuenta artistas que en movimientos cadenciosos avanzan, retroceden, levantan manos y brazos, ó los bajan, y hacen diferentes pantomimas.

La ceremonia, que empieza á las dos de la madrugada, termina á las cinco, al alborear el día. Cansaría inútilmente al lector si transcribiese aquí las cuatro páginas del ceremonial, que se cumple con gravedad y exactitud.

Ofrécense por su orden el buey, la oveja y el cerdo, según las fórmulas del ritual recitadas á dos coros, con intermedios por la orquesta. El sacrificador y sus ayudantes hacen en seguida la oblación de los manjares y frutas de los platos.

Saliendo de la pagoda, asistiremos ahora á otra ceremonia.

2.º *Oblaciones en la tumba de los antepasados.*—Entremos en la propiedad particular de un notable del país. Los tres montecillos que vemos cubren cierto número de ataúdes.

Desde tiempo inmemorial, en la primavera, época fijada por los ritos, la China entera parece olvidar todos sus negocios políticos y comerciales. La única cuestión entonces á la orden del día en las dieciocho provincias del Celeste Imperio, es mostrar al cielo y á la tierra que todos, grandes y pequeños, cumplen los deberes de piedad filial con los antepasados.

«Los chinos, dice el antiguo misionero P. du Halde, acostumbran colocar los sepulcros en las alturas, y plantar junto á ellos pinos y cipreses. Su forma varía según las provincias y las fortunas. Los pobres ponen el ataúd bajo un techo de bálago, ó lo encierran en una pequeña habitación de ladrillo en forma de tumba. Los sepulcros de la gente acomodada, contruidos con gusto, están blanqueados y tienen la forma de herradura. Los de los grandes y mandarines son más fastuosos. Entierran el ataúd bajo una bóveda, sobre la que ponen una masa de tierra de diez pies de diámetro por doce de altura, que termina en forma de sombrero. Rodean la tumba árboles de diferentes especies, plantados con simetría.»

La sepultura de que hablamos (*V. el grabado de la pág. 329*) tiene tres de estas bóvedas, que con la tierra que las cubren forman otros tantos montecillos, sobre los cuales ondean guirnaldas de papel pintado y recortado.

Delante del sepulcro hay la mesa con las ofrendas y el pebetero. A las ceremonias que prescribe el rito únicamente asiste la familia. El jefe de ella, vestido con su mejor traje, preséntase el primero ante la mesa de las ofrendas, y luego le acompañan todos en silencio. El jefe hace con dignidad nueve postraciones, y toma una de las ocho tazas llenas de vino, que derrama por completo en el suelo, imitándole sus domésticos. Nadie toca los manjares y fruta de los platos. La costumbre sólo exige las postraciones y la efusión del vino que debe regar la tierra donde descansan los antepasados.

Antes de retirarse se pega fuego con cierta solemnidad á algunas cestas tejidas con cuerdas de paja, y llenas de lingotes de papel dorado y plateado. En el sobredicho grabado de la pág. 329 se ven á la derecha tres de estas cestas en el suelo. Con la oblación de los manjares, de las frutas y del vino, el rito exige también la ofrenda de monedas de oro y plata, que dicen pueden ser útiles y aun necesarias en la otra vida en ciertas circunstancias críticas. ¿Quién come, preguntará alguien, los manjares ofrecidos á los manes de los difuntos? Los vivos aprovechan gustosos el festín, porque dicen que dedicados sus progenitores á ocupaciones más serias, no tienen tiempo para aceptar la invitación que les hace la piedad filial.

3.º *Ofrendas al dios de la riqueza.*—Una ceremonia de otro carácter se celebra en el Celeste Imperio el día 5 de la primera luna china. ¡A media noche, en la obscuridad, y á puerta cerrada, todas las familias multiplican sus postraciones, suspiros y súplicas á los pies de un grosero ídolo llamado Ze-zen-lo-ia, el dios de la riqueza! ¡Millones de hombres, con la frente en el polvo, murmuran unánimes: «Ze-zen-lo-ia, danos sapecas, plata y oro en abundancia!» Luego la familia se levanta llena de júbilo, que demuestra ruidosamente con continuos petardos y redobles de tambor hasta el amanecer.

El mismo grabado representa con toda fidelidad los adornos y objetos requeridos por la costumbre. La mesa de las ofrendas se coloca en la pieza principal de la casa. En el fondo se levanta una especie de altar, ocupando el sitio de honor, entre varias inscripciones, el ídolo de la riqueza, Ze-zen-lo-ia, ó más bien cinco groseras imágenes, con frecuencia de papel y muy mal pintadas. Estas cinco imágenes, en forma de muñecos, son llamados U-lu-ze-zen, lo que significa cinco divinidades encontrando por un camino á algunos desgraciados. La leyenda dice que los cinco genios bienhechores, sabiendo que estos viandantes se hallaban en la mayor miseria, les dieron gran número de lingotes de oro y plata.

Ante los ídolos y encima de la mesa hay dos candelas rojas, el brasero para el incienso, platos con diversos manjares, y al pie de las divinidades cinco tazas de vino.

El jefe de la familia, en traje de ceremonia, hace las nueve postraciones de costumbre. Uno de los hijos ma-

yores le presenta el jarro de vino y el segundo la copa, que llena, y luego derrama por el suelo, ceremonia que repiten todos los individuos de la familia, mientras arden en un brasero muchos lingotes de papel dorado y plateado.

El aposento se llena de espeso humo, que atestigua la devoción de la familia, que se sienta á la mesa y despacha el festín preparado para el ídolo querido. Luego los niños y dependientes disparan multitud de petardos.

Esta fiesta en honor del dios de las riquezas es no poco ridícula. En las grandes ceremonias nacionales hay algo de dignidad, una idea, un culto y ciertos ritos, por desdicha falsos. Pero las ceremonias en honor del dios de las riquezas son una puerilidad en grande escala, puesto que toda la nación toma parte en ellas, y se divierte en insulsas bagatelas.

res, soledad y corsarios. Sepulta á sus víctimas, ó arroja sus restos á las orillas. Pero así que llueve ó que mana una fuente, transfórmense en humus fecundo sus áridas arenas. El agua es, por lo mismo, como el hada creadora de los oasis, y trueca los desiertos en deliciosos jardines.

Tozeur cuenta ciento noventa y cuatro fuentes, que dan más de setecientos litros de agua por segundo, y riegan una superficie de mil setecientos ochenta y siete hectáreas. Surgen de un suelo á base de yeso en cavidades más ó menos profundas, llamadas *gurds*. Son á la vez termales y abundantes, y forman corrientes canalizadas por la industria del hombre. Algunos puentecillos modernos unos, y antiguos otros, unen las orillas, á veces escarpadas.

Las arenas, arrastradas por el viento, amenazan ce-



Mujer betsilea con los cabellos trenzados á la moda del valle de Manandona hasta Ambositra y Ambohinamborina.

Mujer malgacha con tocado á la moda dominante entre los betsileos de Ambositra y Ambohimanjaka.

Mujer betsilea de Ambositra.—Cabellos y anillo del tocado. Ambositra (Betsileo) y región del Manandona.—Trenza y anillo (*laza*).

MADAGASCAR.—Tocados diversos de los betsileos. (Pág. 333)

DE CARTAGO AL SAHARA

POR EL Rdo. P. BAURÓN, MISIONERO APOSTÓLICO

XVI

El desierto y el oasis.—Las fuentes de Tozeur.—Paseo bajo las palmeras.—Una cabaña.—Un azufaijo gigantesco.—Nefta.—La esclavitud.—El Mokhadem de El-Udiana.—El hachich.—El espejismo.

LA gota de agua vale una moneda de oro, es proverbio árabe que tiene perfecta aplicación en los arenales del desierto. Este, como el Océano, se extiende más allá de los confines del horizonte, y tiene oleadas de polvo, tempestades, reflejos deslumbrado-

gar las fuentes, y para impedirlo se han construido dunas artificiales que opongan una barrera al polvo del desierto. Plantaciones de tamarindos están destinadas á dar alguna fijeza á ese suelo y á devolver á la ciudad la verde faja que la rodeaba en otro tiempo.

Damos una vuelta por Dar-el-Bey y la mezquita de Sidi-Ghebab. Un camino arenoso nos conduce al pie de un alminar inclinado. Caminamos junto á un canal lleno de agua, y después de pasar bajo una bóveda nos encontramos en el oasis. (V. *pág.* 320).

Este paisaje es un croquis en miniatura de Tozeur: arenas, canales llenos de agua cristalina y corriente; alminares inclinados, casas formando bóveda en las ca-



MADAGASCAR.—Tipos y tocados diversos. (Pág. 333)

lles, y paredes de toba, detrás de las cuales se cimbrean las palmeras bajo un sol de fuego. Nada tan ameno como un paseo matutino por el oasis. Senderitos tortuosos, paralelos á un canal de que se desborda el agua, parten en todas direcciones bajo la cúpula siempre verde de las palmeras, cuyas cabelleras de múltiples formas se cruzan en los aires, al soplo de la brisa, con gracia verdaderamente oriental. Los elevados troncos arrancan del suelo, ora reunidos como los fustes de un pilar de catedral, ora aislados y esbeltos como las columnas de la mezquita de Keruán. Los monumentos de la arquitectura morisca en España, Argel, Túnez y Egipto presentan á menudo arcos, bóvedas y cúpulas sostenidos por multitud de columnitas ligeras, elegantes y harto débiles en apariencia para tanto peso. La idea de semejante estilo encuéntrase realizada en el oasis, del que es una reproducción y copia la mezquita.

A trechos alguna choza, hecha con troncos de palmera aserrados por el medio en sentido longitudinal, cobija á una familia, y sirve á veces de morada á un príncipe ó rico propietario: una silla de montar, azadones, una marmita, un colchón de hojas de palmera y un jarro lleno de lagmi, constituyen todo el mueblaje. Tal es la choza que representa el grabado de la pág. 317. En los sitios en que las palmeras son todavía tiernas, ó en que aún no se tocan las redondeadas copas, los azufaifos, naranjos, higueras y parras, de prodigiosa altura, mezclan sus ramas, formando una segunda línea de vegetación.

El Sr. Hebrard saca fotografías de algunos de estos lugares sombríos, que recuerdan los del Africa Central, tan bien descritos por Stanley.

Grupos de mujeres, con túnica blanca, se dedican á lavar la lana. Este trabajo, que ya hemos visto en Keruán, Gafsa, Guiffa y Sidi-Aich, constituye una de las principales industrias de la región. La lana, blanca ó teñida de colores vivos, la transforman las mujeres en albornoces, jaiques, cinturones y cobertores de fantásticos dibujos.

En el extremo del oasis, junto á una aldea casi arruinada, hay un azufaifo gigantesco cuyas ramas se extienden á un radio de veinte metros. Algunas ramas, agobiadas por su propio peso, se doblan hasta el suelo, en donde arraigan y retoñan vigorosas. Este árbol, adornado de hojas y frutos, es de lo más hermoso que pueda verse. Cuenta más de veinte siglos de existencia, y hay que añadirlo á la lista de los decanos de su especie, á los olivos de Getsemaní, á los cedros del Líbano, á la encina de Hebrón y al sicomoro de Matariel, junto á Heliópolis, en Egipto.

Nefta está á veinticinco kilómetros al Oeste de Tozeur: el camino sigue la orilla del Chott. La ciudad se levanta en anfiteatro sobre un ribazo que domina, desde la altura de setenta y seis metros, la hoz en cuyo fondo brotan las ciento seis fuentes del oasis. Esta antiquísima ciudad cuenta nueve mil quinientos habitantes y mil doscientas diez casas.

Los árabes atribuyen su fundación á Keustheul, hijo de Sam, hijo de Nuh, ó en otros términos nieto de Noé. Según el conde Del Paty de Clam, Nefta no es de ori-

gen semítico, sino kuchita. Kuch es hijo de Cam, y Nefta vendría á ser una alteración de las palabras *No Phtah*, hijo de *Phtah*, correspondiendo á la forma latina de Neptuno. Phtah era para los kuchitas el Dios supremo, el sol, el mismo que Ro. Su hijo es el dios de las aguas, el Nilo bienhechor. El nombre mismo de Egipto no sería otra cosa que la figura griega de *Hak-Ka-Phtah*, *Αι-γυ-πιος* (*α-γα-πτου*), el país ó la morada de Phtah. Los *naphtuhinos*, de sangre kuchita, deberían ser clasificados entre los libios que, según Herodoto, adoraban al sol y á Neptuno, cerca del lago Tritón y que eran llamados *auseenos*.

El oasis de Nefta es muy bello. La invasión de las arenas tiende á separarlo en dos partes, y aun desaparecerá en breve bajo el polvo del Sahara, como desaparecieron las ciudades primitivas, si la Administración no se apresura á defenderla con dunas artificiales, tapizadas de arbustos y tamarindos, análogas á los de Tozeur.

Nefta era hace poco tiempo un importante mercado de esclavos. Los oficiales franceses detuvieron al principio ó hicieron retroceder á los convoyes de negros; pero las caravanas han cambiado de rumbo, y se dirigen secretamente á Trípoli.

Nuestros caballos han descansado de las fatigas de la última jornada, y el 30 de Abril á las cuatro de la tarde pisamos de nuevo el Chott, cuya postrera perspectiva se oculta, negra é indecisa, detrás de bosquecillos de harmel y una franja irisada de sal cristalina. A la vista de semejante horizonte, el alma se siente sobrecogida de temor y melancolía. Esa inmensa depresión, esa superficie triste, que no es la tierra firme ni el mar con sus ondas, sino una cuba pantanosa, insondable, donde pasea el espejismo sus fantásticas visiones, ejerce en los ojos y el espíritu el efecto de una pesadilla, haciendo comprender la impotencia del hombre contra las secretas energías de la naturaleza.

Sin embargo, en las orillas del inmenso lodazal hay los oasis de El-Kris, de Seddada y de Degach, que forman El-Udiana, flor de vegetación, adorno del desierto, esmeralda engastada en el blanco cinturón del Chott.

Los oasis del Udiana cuentan cuatro mil doscientos habitantes, seis aldeas y quinientas cuarenta y ocho casas, casi todas de piedra, y mejor construídas que las de Tozeur y Gafsa.

La mejor parte del oasis pertenece al Mokka-dem, que nos recibe con la majestad de un príncipe, cumpliéndonos al estilo oriental, y poniendo á nuestra disposición un departamento completo: vestíbulo, patio, galería superior, y un patio y tres piezas en el piso primero. Dispone que dos árabes estén á nuestro servicio, y da orden para que se nos acompañe á ver los jardines, excusándose de no hacerlo él mismo á causa de sus rezos.

El Mokka-dem es sujeto de maneras distinguidas, y goza gran reputación de santidad. Sus huertos son hermosísimos, y mejor conservados que los de Tozeur. En breve tenemos abundante provisión de sabrosas naranjas y mandarinas, que un criado coge en nuestra presencia.

Al anoecer nos conducen á un café donde algunos árabes fuman secretamente *bachich*. Tendidos en este-

ras de palma, están sumidos en una especie de sopor vecino del sueño. Sus miradas divagan por el vacío. Algunos canturrean, mientras otros gesticulan y se entretienen con seres imaginarios. Han perdido la noción de tiempo y espacio, y la percepción clara de la propia persona, que identifican con los objetos que les rodean. Abísmanse en ilusiones que consideran un goce anticipado de las delicias del paraíso. Los vanos fantasmas de la sugestión conviértense para ellos en las únicas realidades; tan cierto es que la dicha acá abajo es una cosa relativa.

Una estera, un cabezal de ladrillo y una pipa, he aquí para aquella gente todos los elementos de la dicha, y á la vez del embrutecimiento.

Un negro hace una viva pantomima y canta con vigor. Sus gestos expresivos y sus palabras son ricos en miríficas promesas.

Desde las primeras horas recorremos el oasis, que ofrece un encanto indescriptible. En torno del bosque reina la más completa esterilidad. Únicamente las rocas plutónicas y caóticas del Grimsel, en los Alpes, pueden dar una idea de este trastono de la corteza terrestre, rajada por conmociones telúricas, barrida por la tempestad y abrasada por el sol. La luz llega á un grado de intensidad que no puede soportar el ojo humano. Los objetos más cercanos aparecen deformes, invisibles ó ensanchados.

Experimento las mismas sorpresas que en las horas vagas del crepúsculo. El camino parece llano, y veo de pronto un abismo. Levántase delante de mí cabalgadura una peña, cuando el guía se hunde en el granito y desaparece. Creo ver á mis compañeros inmóviles, y son las dunas. Una mancha de sangre enrojece la arena, junto á una fuente; acércome, y no hay nada. El oasis ha desaparecido.

El aire de tal suerte se dilata por el calor, que se truecan las leyes normales de la visión, y ya no tengo noción de las distancias.

Detrás de mí un alud fantástico de rocas ardientes terminan, entre las llamas que brotan del suelo, su rápida carrera, y diríase que la tierra tiembla, que los guijarros, las malezas y la arena se me echan encima, como si estuviesen pegados á un tapiz que arrojase á mis pies una mano invisible; y no obstante, la atmósfera está tranquila y la tierra inmóvil. A nuestro frente la montaña, abrasada, sin verdor, arde como si la devorase vasto incendio; y con todo, es negra, cubierta de inmenso bosque, que nos invita con su sombra, que nos ofrece antros frescos, verdes valles y admirables miradores. Bandadas de gacelas, amarillas como la arena, saltan sobre sus jarretes de acero; mas el bosque retrocede, desaparece la montaña, y las gacelas son sombras movibles. Constantemente el Chott abre su abismo, ora de blancura inmaculada como cubeta de plata, ora roja por el protóxido de hierro, y semejante á un lago de sangre.

Continuamente el camino se aleja sobre la misma superficie desnuda, abrasada y arenosa. ¿Dónde concluye la realidad y dónde empieza la ilusión? He aquí lo que mis sentidos no pueden ya discernir. Las figuras y las apariencias que el desierto agita á nuestros ojos, son todos los bienes que deseamos y que no puede darnos.

CARTA DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

AL CARDENAL GIBBONS

EN muchas ocasiones hemos probado nuestra solicitud por los fieles y Obispos de los Estados Unidos de la América del Norte y nuestra especial benevolencia por aquella parte de la grey del Señor. A lo cual se añade un testimonio nada incierto de nuestras disposiciones en haberles enviado un Delegado nuestro, el venerable Hermano Francisco, arzobispo titular de Lepanto, eminente en virtud y ciencia, y otra prueba es la reciente reunión de los Arzobispos en Nueva York, confirmando más nuestra confianza en su sabiduría.

Esa misión ha sido pública prueba de nuestra simpatía por vuestra patria y la consideración que nos merece su Gobierno. Debía, en efecto, nuestro nombre presentarse la apertura de la Exposición Universal de productos de todo género en Chicago, y en la que tomamos parte, gracias á la benévola invitación de esas Autoridades. Otro objeto de esa misión ha sido hacer en cierto modo perpetua nuestra presencia en ese país por medio de un Delegado Apostólico permanente en Washington. Hemos demostrado así que vuestra nación nos es tan querida como las más poderosas, en las que acreditamos nuncios, y que deseamos vivamente que los vínculos de recíproca unión de los fieles y los Obispos con esta Santa Sede, como de hijos á padre, sean cada vez más estrechos. Mucho nos complace ver que esta nueva prueba de nuestro cariño haya provocado testimonios de respeto y gratitud.

Y en nuestra paternal solicitud para con vosotros, hemos encargado al dicho Arzobispo de Lepanto que emplee todo el celo de su paternal caridad en extirpar de entre vosotros todo germen de disensiones y disputas sobre la educación de la juventud católica, tanto más, que en este tiempo ciertas publicaciones sobre puntos de doctrina y conducta muy controvertidos, fomentaban esas discusiones. Nuestro venerable Hermano cumplió literalmente nuestras órdenes, y en Noviembre del año último fue á Nueva York, donde se hallaban reunidos los Arzobispos, conforme al deseo que habíamos expresado por medio de nuestra Congregación de *Propaganda*, á fin de acordar, consultados sus Sufragáneos, lo que debía hacerse respecto á los hijos de familias cristianas que van, no á las escuelas católicas, sino á las públicas.

Los prudentes acuerdos que en esa reunión tomasteis fueron aprobados por el Arzobispo de Lepanto, que después de alabar, como debía, vuestro buen juicio, esperaba de vuestras deliberaciones los más satisfactorios resultados. Hemos confirmado y aplaudido esa decisión vuestra y de los Prelados, vuestros colegas, ya que habéis respondido tan bien á nuestros propósitos y esperanzas.

Mas nuestro venerable Hermano queriendo, según nuestros deseos, decidir la cuestión sobre el mejor método para educar á los jóvenes, que se discutía ardientemente por espíritus igualmente empeñados en sus opiniones y aún en escritos públicos, presentó á los Obis-

pos norte-americanos muchas proposiciones relativas á la ciencia y al régimen de vida. Maduramente estudiados en su alcance y significación por los Arzobispos congregados, que presentaron algunas enmiendas y pidieron ciertas aclaraciones, el Arzobispo de Lepanto resolvió la cuestión conforme á todos estos antecedentes. Y la Asamblea cerró sus sesiones, dando muestras de agradecimiento y aprobando la conducta del Arzobispo en el desempeño de la misión que Nos le habíamos confiado. Y todo lo hemos sabido por las actas de la misma Asamblea que habéis tenido cuidado de enviarnos.

Pero habiéndose dado inconsideradamente á la publicidad estas proposiciones de nuestro Delegado, surgieron en medio de la efervescencia de los espíritus nuevas discusiones, agravadas y extendidas, así á causa de falsas interpretaciones como de las acusaciones malévolas difundidas por la prensa periódica.

Entonces, varios Obispos de vuestro país, sea porque no pudiesen admitir las interpretaciones de que ciertas proposiciones eran objeto, sea porque temieran las consecuencias peligrosas que á su juicio pudieran entrañar para las almas, nos comunicaron confidencialmente las razones de su ansiedad. Nos, recordando que la salud de las almas es la suprema ley que Nos debemos tener siempre á la vista, y deseando daros una nueva prueba de nuestro afectuoso interés, hemos querido que cada uno de vosotros nos expresara libremente en carta privada su opinión en el asunto, y esto es lo que habéis hecho cada cual por vuestra parte.

Después de habernos enterado de las cartas, Nos hemos discernido claramente que varios de vosotros no habían encontrado en estas proposiciones nada que pudiera causarles recelo; que otros, por el contrario, habían entendido que la escuela decretada por el Concilio de Baltimore estaba, en parte, abrogada por estas proposiciones y que temían, en consecuencia, que su interpretación en sentido contrario engendrara peligrosos dispendios, seguramente perjudiciales á las Escuelas católicas.

El examen atento del asunto, nos ha persuadido de que las interpretaciones en cuestión están muy lejos del ánimo de nuestro Delegado, como se separan en absoluto del espíritu de esta Sede Apostólica. En efecto, las principales de estas proposiciones presentadas por él, están sacadas de los decretos del Concilio de Baltimore, y estatuyen, sobre todo, que las escuelas católicas deben multiplicarse con el mayor celo, y que es menester dejar al juicio y á la conciencia del Ordinario decidir, en vista de las circunstancias, cuándo es lícito y cuándo no lo es, fomentar las escuelas públicas. Ahora bien; si en todo escrito ó discurso deben interpretarse las proposiciones subsiguientes, de manera que concuerden y no estén en oposición con las precedentes, del mismo modo es absolutamente incongruo é injusto explicar las proposiciones ulteriores, de modo que vengan á estar en desacuerdo con las primeras. Y debe observarse esta regla con tanto mayor motivo cuanto es menos dudoso el pensamiento del autor. Y esto es lo que ha hecho nuestro Delegado cuando, al presentar sus proposiciones en la respetable Asamblea de Nueva York, comenzó por declarar solemnemente (según resulta de las *actas*) que admiraba el celo pastoral de los

Obispos de la América del Norte por los decretos promulgados en el tercer Concilio de Baltimore, á fin de favorecer la causa de la educación de la juventud católica; añadiendo además que estos decretos, en cuanto establecen una regla general de conducta, deben ser fielmente observados; y que aun cuando las escuelas públicas no deben condenarse en absoluto (porque pueden presentarse casos, como el mismo Concilio lo ha previsto, en que sea permitido frecuentarlas), era necesario, sin embargo, aplicarse y esmerarse en que las escuelas católicas fuesen las más numerosas, las mejor provistas de todo y las más perfectas.

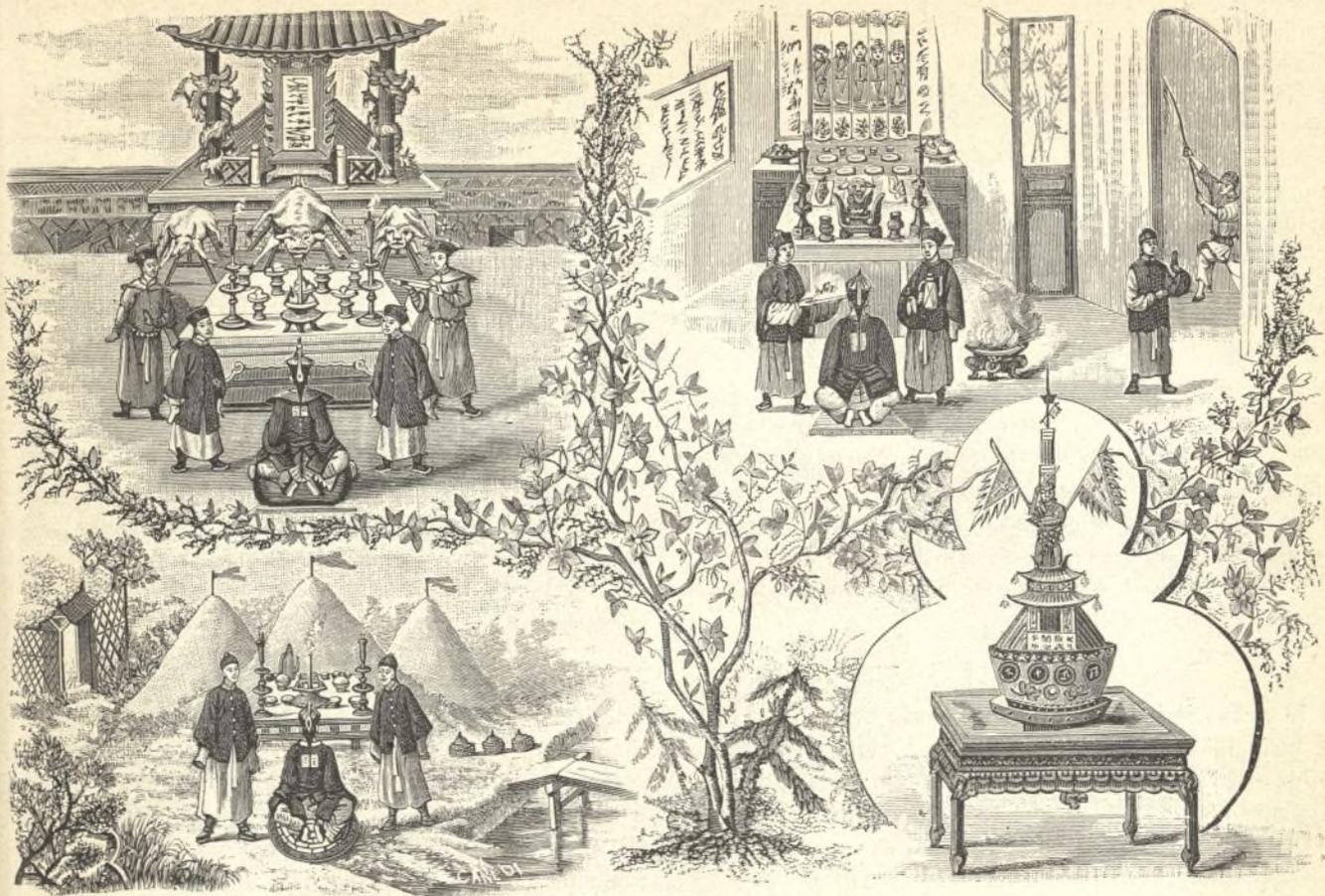
Fuera de esto, á fin de que no suscitase en lo futuro ningún motivo de duda, ni divergencia alguna de opiniones en asunto de esta importancia, según lo hemos declarado en nuestra carta de 23 de Mayo del año último á nuestros venerables Hermanos el Arzobispo y los Obispos de la provincia eclesiástica de Nueva York, Nos declaramos de nuevo, en cuanto fuere necesario, que es preciso mantener con firmeza los decretos promulgados, con el asentimiento previo de la Sede Apostólica, en los diferentes Concilios de Baltimore, con respecto á las escuelas parroquiales y todas las demás prescripciones relativas á la misma cuestión, que hayan emanado directamente del Soberano Pontífice ó por conducto de las Sagradas Congregaciones. Y así Nos abrigamos la firme esperanza (corroborada sobre todo por vuestra piedad para con Nos y la Sede Apostólica) que no habrá ya en adelante más obstáculos, desde que toda causa de error y toda incertidumbre haya desaparecido para el pleno ejercicio de vuestro celo en la unión más perfecta de los corazones y de los espíritus, á fin de propagar de día en día el reino de Dios en esa parte, la más vasta del mundo.

Y al mismo tiempo que os aplicáis asiduamente á procurar la gloria de Dios y la salud de las almas que os están confiadas, esforzaos también en ser útiles á vuestros conciudadanos y en mostrarles un verdadero celo de la patria, para que los que son llamados al Gobierno comprendan mejor cuál es la importancia del auxilio de la Iglesia para el mantenimiento del orden en el Estado y desarrollo de la prosperidad pública.

Por lo que hace á vos, en particular, querido Hijo, Nos estamos persuadido de que os emplearéis con diligencia en notificar los sentimientos de nuestra alma, que hemos creído deber manifestaros, á nuestros demás Venerables Hermanos que residen en los Estados Unidos, y que os esforzaréis, en cuanto de vos dependa, después de la pacificación y hasta la extirpación tan deseada del debate, en restablecer la concordia de los ánimos con una mutua benevolencia. Y ahora, en testimonio de nuestro amor, Nos os damos muy afectuosamente en el Señor á vos y á vuestros Venerables Hermanos, al clero y á los fieles confiados á vuestra vigilancia la bendición apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, el 31 de Mayo de 1893, año XVI de nuestro Pontificado.

LEÓN PAPA XIII.



Sacrificio de los tres animales.
Ofrendas en las tumbas de los antepasados.

Ofrendas al dios de las riquezas.
Ofrenda de los perfumes.

KIANG-NAN (China).—Ceremonias paganas en Chang-hai. (Pág. 322)

LAS MISIONES Y LA CIENCIA

De unos artículos publicados por un periódico católico de Madrid, extractamos lo siguiente:

ACABA de publicarse en castellano, traducido por el sacerdote jesuíta Jerónimo Rojas, un curioso é instructivo folleto, titulado *El estudio de las lenguas y las Misiones*, escrito en alemán por otro jesuíta, José Dahlmann. En este libro se prueba, que el progreso de los conocimientos lingüísticos, de tanta importancia en nuestro siglo, se debe principalmente á las Misiones; esto es: que el misionero al mismo tiempo que ha enseñado al salvaje las verdades de la Religión, ha enseñado á los hombres cultos la ciencia de las lenguas, que tanta y tan benéfica influencia ha ejercido en la antropología y en la historia.

Entre estos misioneros que han contribuído á la creación y desarrollo de la ciencia lingüística, merece el primer lugar nuestro gran San Francisco Javier. «No entendiendo los naturales mi lengua (escribe el Santo) ni yo la de ellos, pues que yo hablaba español y ellos malabar, escogí de entre ellos algunos hombres diestros que sabían algún tanto las dos lenguas; nos reunimos después por algunos días, y con mucho cuidado tradujimos en común el Catecismo en lengua malabar.» El Apóstol procuró también que los misioneros que se enviasen á la India fuesen varones muy sabios, y que

en los colegios de Jesuítas se concediese gran importancia al estudio de aquel misterioso pueblo. Así ha podido afirmar el Dr. Burnell, indólogo distinguido, que los Jesuítas tuvieron del Veda un conocimiento exacto antes de terminar el siglo XVI.

Los Jesuítas portugueses introdujeron en la India la imprenta á mediados del siglo XVI. El misionero Enrique Enríquez, contemporáneo de San Francisco Javier (murió en 1600), se consagró al estudio de las lenguas vulgares de la India, y compuso una Gramática y un Diccionario del Talmil; el H. coadjutor González, compatriota nuestro, fué el primero que grabó tipos sánscritos; una multitud de obras se publicaron en lengua india (en 1580, v. gr., una traducción del *Flos Sanctorum*); el P. Taria grabó los caracteres para la impresión de esta última obra. Proenza escribió un gran Diccionario, y otro más voluminoso Cattaneo, y de Maya; Gaspar de Aguilar, Faraz y Acosta trabajaron en el mismo sentido, y con inmenso éxito.

José Constantino Beschi, del que escribe el indólogo Benfey: «Fué un hombre extraordinario, poseedor del grande arte de empaparse en el genio y vida de la India,» nació en 1680, y, como dice el protestante Mahon, «su prodigiosa facilidad para aprender lenguas, habían hecho ver en él un hombre como nacido para la Misión de la India.» Escribió en sánscrito con tal perfección, que sus obras se tienen por clásicas; su poema á San José, dividido en 36 cantos y 3,615 estrofas, es tan maravilloso, que los sabios bramanes quedaron em-

belesados ante la hermosura de las formas y la sublimidad de los pensamientos. Un rey de la India entusiasmado con Beschi, le asignó la pensión de cuatro territorios, y le regaló el palanquín de uno de sus predecesores.

Otro jesuíta, Tomás Stephens, inició en 1578 los estudios acerca del dialecto konkani. Los franciscanos Banha, Baptista, Lado y Amador siguieron las huellas de Stephens con gloria y grandes frutos para la ciencia.

El sánscrito propiamente dicho, ó sea la lengua sagrada de los indos, fué estudiado en primer lugar por el misionero Roberto de Nobili. Max Müller dice de Nobili que fué el primer europeo que poseyó el sánscrito. Otro misionero, Enrique Roth, aprendió la lengua sagrada de labios de un bramán. No hay que citar siquiera el nombre ilustre del P. Calmet, tan conocido y amado por cuantos saben lo que es ciencia y estiman en algo sus progresos. Un carmelita, Fr. Paulino de San Bartolomé, fué autor de la primera Gramática sánscrita, impresa en Europa.

Los conocimientos sobre China eran tan escasos hasta principios de la Edad Moderna, que el Imperio chino era para la generalidad como un país fabuloso. Los misioneros son los que han descubierto la China, por decirlo así; los que han revelado al Occidente sus usos, costumbres, idiomas, historia y civilización.

Herrada, en 1577, desembarca en China inaugurando la gloriosa serie de misioneros chinos. En 1585, el agustino Mendoza publica la primera obra seria sobre China. Siguen tantas publicaciones, que Neumam, nada sospechoso de amor al Catolicismo, no oculta su admiración por aquellos misioneros que, durante los siglos XVII y XVIII, produjeron una portentosa mole de obras lingüísticas y literarias sobre China.

Fricci compone obras originales en chino; el P. Manuel Díaz tradujo á ese difícil idioma los cuatro Evangelios con comentarios de los Santos Padres; los Padres Trigault, Cattaneo y Semedo compusieron Diccionarios chinos; y el P. Hurtado tradujo al chino las obras más importantes de Aristóteles.

He aquí cómo se expresa el citado sinólogo Neumam: «Los misioneros católicos tienen el mérito de habernos comunicado las obras principales de la antigüedad clásica china, lo más importante de la geografía é historia del país, ya en traducciones, ya en trabajos originales. No se puede valuar la laboriosidad de los doctos misioneros Jesuítas por aquellas obras que han sido publicadas con sus nombres; porque varias de sus obras principales aparecieron bajo firma extraña, y otras yacen aún sepultadas en el fondo de las bibliotecas.»

Matteo Ricci, misionero jesuíta, una de las más eminentes figuras en la historia de las Misiones orientales, al que Nacentini llamó en el Congreso de Florencia *el primer sinólogo*, nació en Macerata en 1552, y murió en Pekín en 1610. Tradujo al chino las obras de Euclides, y en chino publicó un tratado original acerca de *La verdadera doctrina de Dios*. Bourgeois afirma que está tan bien escrito este último libro, que los letrados de China suelen leerlo para formarse el estilo. Khiankung, una especie de Rivadeneira chino, esto es, un

colector de todas las obras clásicas de literatura china, incluyó en su colección el libro del P. Ricci. ¡Qué triunfo para un extranjero! «Los trabajos de Ricci, escribe Remusat, aun en el día de hoy son muy estimados por los sabios chinos á causa de la elegancia del lenguaje y de la pureza del estilo.»

Al P. Ricci le llaman los chinos Li-ma-teu, y su memoria se conserva gloriosa en el país. Los anales de la dinastía Ming exprésanse en estos términos: «Los hombres del país de Italia que han venido al Oriente, son todos ellos gente ilustrada y perspicaz; sus esfuerzos se encaminaban únicamente á difundir la Religión de Occidente, sin buscar ganancias temporales; han publicado muchos escritos, con los que sedujeron á una parte del pueblo.

Los dominicos Domingo de Nieva, Miguel de Benavides y González de San Pedro, y los jesuítas Cattaneo, Semedo, Díaz y Pantoja continuaron gloriosamente la obra del P. Ricci.

El belga Fernando Verbiest, llegado á China en 1659, obtuvo el cargo de presidente del Tribunal de las Matemáticas, y fué durante muchos años confidente del emperador Kan-li. Compuso más de 30 volúmenes en chino, algunos de los cuales se conservan en la Biblioteca imperial de Pekín.

El P. Couplet, compañero de Verbiest, trabajó mucho acerca de Confucio. El austriaco Herdtricht compuso un gran diccionario chino-latino. El P. Noel, al que llama Neumam «hombre consumado en todos los ramos de la literatura china,» tradujo las obras del filósofo Mencio y los antiguos libros canónicos de la China. El P. Regis siguió estos trabajos.

La obra quizás más importante de los Jesuítas en aquel período es la ejecución del gran mapa de China. El P. Martini es el padre de la ciencia geográfica de China.

Los misioneros católicos fueron también los que poderosamente contribuyeron á que la geografía, historia, modo de ser político y costumbres del Japón fuesen conocidos en Europa. Y eso que persecuciones espantosas, tales como no las había sufrido la Iglesia desde los tiempos de Diocleciano, ahogaron en las islas del Extremo Oriente el Cristianismo, impidiendo su propagación y desarrollo.

Donker Curtius, autor de magníficos trabajos sobre la lengua japonesa, reconoce que los misioneros portugueses Alvarez, Rodríguez y Collado fueron los primeros que estudiaron profundamente la gramática de aquel país. La Sociedad Asiática de París, en 1825, publicó la Gramática del P. Rodríguez. Dahlmann consigna que esta obra debe ser considerada como la más importante entre las gramaticales de los misioneros Jesuítas.

Los misioneros de las distintas Ordenes publicaron muchas obras en idioma japonés y en latín acerca del Japón. Barreto (jesuíta) escribió en japonés un extenso tratado sobre virtudes y vicios; Gómez (también jesuíta), una apología del martirio; el venerable Canaya una *Imitación de Cristo*; Galve (dominico), una *Doctrina Cristiana*, y tradujo el *Flos Sanctorum*; Navarro tradujo las obras de Spinelli; Diego de las Llagas (fran-

ciscano) tradujo otra vez el Año Cristiano; Preces escribió un Catecismo y una Gramática.

San Francisco Javier, con sus Cartas, empezó á llamar la atención del público europeo acerca del Imperio japonés. Luís Froes fué el primero que dió á conocer en Occidente á los ainos, tribu singular á la que en nuestros días consagran un interés especialísimo los sabios investigadores de las antigüedades japonesas.

En 1590 introdujeron los Jesuitas en el Japón el uso de la imprenta. De la que fundaron salieron libros innumerables, cuya posesión es hoy orgullo de las bibliotecas y sueño de los eruditos. El primer libro que se imprimió en el Japón fué una colección de vidas de Santos.

Gloria y motivo de orgullo legítimo para los españoles, es recordar que entre los primeros libros que se tradujeron al japonés, y se imprimieron y publicaron en aquel Imperio, se cuentan dos de los más excelentes que se han escrito en lengua castellana: la *Introducción al símbolo de la fe* y la *Guía de pecadores* de Fr. Luís de Granada.

Tendríamos que ser interminables si á la ligera reseña que precede, añadiéramos su natural complemento, referente á los estudios lingüísticos americanos, en que tanta gloria alcanzaron y tanto fruto recogieron los misioneros católicos, y muy especialmente los españoles y portugueses. En el folleto de Dahlmann, que recomendamos á nuestros lectores (1), tiene esta materia todo su debido desarrollo.—E.

(Del M. C.).

UNO DE TANTOS

I

REUNIDO una vez en Madrid el Real Congreso de Indias, para tratar de graves asuntos pertenecientes á las Filipinas, estaba allí abogando por los intereses verdaderos de aquel rico florón de la corona de España un Religioso dominico. Algún consejero mal informado, ó peormente prevenido, se oponía á la justa demanda de aquel fraile, y debió soltar una andanada de dudoso gusto y de dañada intención, cuando el fraile replicó de esta manera: «Por lo que á nosotros toca, no tenemos necesidad de pasar á Indias; y lo que pretendemos pasando á ellas, esta pobre capa lo indica.» Y enseñó la negra capa de lana de fraile dominico, tan vieja y remendada, que enmudeció el Congreso, y el Consejo en pleno accedió á lo que él solicitaba.

El fraile, al venir de Filipinas á Madrid para ventilar gravísimos intereses de aquellas lejanas y dilatadas posesiones españolas, no había llevado consigo más equipo ni tesoro que su hábito remandado y pobre.

Ya al venir á España, acompañando al Obispo de Manila que se dirigía á Madrid con el santo objeto de reclamar ante el Rey contra los atropellos que se inferían á los pobrecitos indios, no habiendo camarote para el celoso fraile, se vió obligado á ir á proa, teniendo la desgracia de caer al agua sin que nadie lo notara hasta

(1) Publicado por la librería católica de Gregorio del Amo, Paz, 6, Madrid.

buen espacio de tiempo, salvándose milagrosamente por las oraciones del señor Obispo, también religioso dominico, llamado Fr. Domingo Salazar, que fué el primer Prelado de Manila.

Nuestro fraile, el que es el sujeto de esta relación, tenía por nombre Fr. Miguel Benavides.

II

Uno de tantos.—Tal epígrafe hemos puesto á esta sencilla narración, porque el P. Benavides fué uno de tantos frailes dominicos, como de otras Ordenes religiosas, que han sido y son á la vez los mejores guardianes de la dominación española en Filipinas, como los verdaderos padres y protectores de los indígenas. Esto lo saben cuantos conocen la historia, y lo que actualmente sucede en Filipinas. Esto lo saben las Autoridades superiores que van allá desde España, bastantes veces con preocupaciones nada favorables, y al estudiar y observar sobre el terreno, no piden más que frailes, muchos frailes. Esto lo saben los enemigos de la integridad del territorio español, los que aspiran á robarnos las islas Filipinas, y para ello conspiran y trabajan, calumniando y procurando desacreditar á los frailes, á los que se debe, sin ningún genero de duda, que no hayan ellos realizado sus maquiavélicos propósitos.

III

Volvamos á nuestro P. Benavides.

Lector de Teología y Religioso tan virtuoso como sabio, aspiraba llevar á dilatadas regiones la ciencia salvadora de la Cruz, no ignorando los peligros y sacrificios á que con ellos se exponía. Satisfizo su deseo, pasando en 1587 á formar parte de la nueva Provincia del Rosario, Misiones dominicas de las islas Filipinas.

Dignas son de relatarse las hazañas del P. Benavides en aquellas islas, y los admirables beneficios por él prestados á la civilización y bienestar de sus habitantes. Diremos alguna cosa.

Como quiera que á aquel país concurrían tantos chinos, el P. Benavides se dedicó con empeño á catequizar á estos desgraciados idólatras, aplicándose con tal empeño á conocer la difícil é intrincada lengua china, que al poco tiempo ya hablaba el idioma, y pudo escribir un *Catecismo*.

No sólo esto, sino que en alas de su apostólica caridad, salió en 1590 de Manila, entró en China, sufrió grandes trabajos, cárcel, persecuciones y calumnias, y volvió á Manila con el desconsuelo de no poder llevar adelante su apostolado, por la orden expresa de los mandarines de salir del país inmediatamente.

IV.

Cuando vino á Madrid, como quedó anteriormente consignado, trabajó con imponderable celo y feliz éxito en favor de los filipinos. Consiguó que á éstos se reconociera el dominio y potestad sobre sus pueblos y posesiones, de todo lo cual se les quería despojar injustamente: obtuvo que se atajaran las demasías que allí se cometían, traspasando las prudentes y sabias disposicio-

nes del Rey; alcanzó en favor de los vecinos de Manila que se les permitiese el comercio con Nueva España, y se les devolviesen grandísimas cantidades que les eran debidas.

Vuelto á Filipinas se le obligó á aceptar, en 1598, el obispado de Nueva Segovia, que se acababa de crear para bien de los isleños. En los cinco años que gobernó aquella diócesis, tuvo que devorar muchas amarguras por su celo y vigilancia, viéndose precisado á ir dos veces á Manila para mediar pacíficamente y arreglar graves disensiones, lo que alcanzó, evitando rompimientos y discordias que hubieran sido de temeroso perjuicio.

A los cinco años debió ser nombrado arzobispo de Manila, con grandísima repugnancia de su profunda humildad y notorio júbilo á la vez de todas aquellas islas. Demostró de nuevo en Manila su carácter apostólico, que le acarreó contradicciones y disgustos, su caridad ilimitada para con los pobres, á los cuales repartía todas sus rentas, y sus relevantes virtudes y singular prudencia.

Desde Manila envió al Rey repetidas comunicaciones, dirigidas todas al buen gobierno de las islas. Debe mencionarse especialmente su dictamen sobre la inmigración de los chinos, en donde anunciaba inconvenientes que posteriormente se han tocado, por no haberse atendido á sus previsoras y casi proféticas indicaciones. Y al morir consagró todo el remanente de sus bienes para la fundación de una Universidad en Manila; y á esto se debe la estatua que la misma Universidad le ha erigido reciertemente en protesta de gratitud y reconocimiento.

En resumen. El P. Benavides fue insigne bienhechor del pueblo filipino: es uno de tantos venerables y dignísimos frailes que, desde el agustino Hermano Urdanetas hasta hoy, han sido una verdadera providencia para aquel precioso dominio de nuestra España.

Retamos solemnemente á los francmasones, librepensadores, filántropos y adversarios de los frailes á que nos presenten á uno de los suyos que pueda compararse con el H. Benavides y los demás misioneros.

Aguardando su contestación, nos sentamos, porque cremos que tardará mucho.

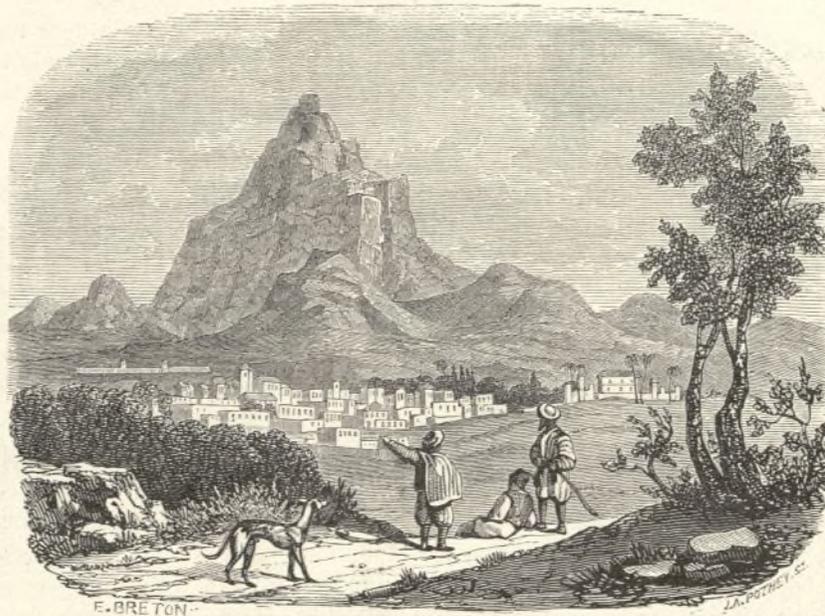
E. M.

CRÓNICA

España.—Entre los miembros ilustres del Episcopado español que á la Iglesia de nuestra patria han dado en nuestros días las recién restauradas Ordenes religiosas, figura con gloria el Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Gregorio M. Aguirre y García, obispo de Lugo, con cuyo retrato honramos el presente número. Perteneció á la insigne Orden Seráfica, y tomó el santo hábito en el Colegio de Padres Alcantarinos de Pastrana en 1856, habiendo sido después Rector del convento de Consuegra, de donde han salido tantos misioneros para la conversión de infieles, y Lector en ambas Casas de Filosofía, Teología y Derecho canónico durante muchos años. Desempeñó más tarde, en Roma, el cargo de Penitenciario *pro lingua Hispanica*, en la Basilica de San Juan de Letrán. Elegido para la Sede Episcopal de Lugo en 1885, ha construido en dicha diócesis un Seminario de los mejores de España, y celebrado Sínodo diocesano. En las dos visitas pastorales que lleva hechas no ha dejado parroquia ni anejo alguno en donde no predicase y practicase alguna obra de caridad; habiéndose visto precisado en muchas ocasiones á caminar á pie seis ó más horas seguidas por empinadas montañas y al borde de temibles precipicios, para librarse de los cuales le era necesario caminar trepando durante largos trechos. Así no es de maravillar sea aclamado por padre de los pobres, á quienes socorre con la mayor largueza, y recibe en su propio salón episcopal y da alimento en la portería de su propio Palacio. Ha fundado además en su capital espaciosa Casa de Hermanitas de los pobres y otros establecimientos de importancia. La ciudad de Lugo, reconocida al celo y virtudes de su apostólico Pastor, le ha declarado su hijo adoptivo y ha rotulado con su nombre una de sus principales calles.

Tierra Santa.—De una carta que escribe desde el Santo Monte Carmelo el Rdo. P. Fr. Plácido María del Pilar, carmelita descalzo, el mes de Mayo último, tomamos lo siguiente:

«El 14 del presente llegó la caravana alemana con buen número de sacerdotes. Después de celebradas las Misas, durante las cuales algunas señoras de la caravana cantaron bonitos cánticos, vistieron todos el Santo Escapulario, para llevar en sus almas un recuerdo de este santo lugar de María, y visitado el Santuario y gruta de nuestro Padre San Elías, marcharon la misma mañana á Caifa, el



ERIVÁN (Armenia). (Pág. 336)

hospicio que para los peregrinos tiene la colonia prusiana.

«El día 18 llegó la caravana italiana, cuyo número era de treinta á cuarenta personas, entre las cuales había dieciséis sacerdotes. Después de haber reposado rezóse el Rosario y se cantó una bonita letanía por los señores de la caravana, la cual concluida se entonó el *Tantum ergo* y se dió la bendición con el Santísimo.

«Estos como los de las caravanas anteriores, vistieron en su mayor parte el Santo Escapulario de Nuestra Santísima Madre del Carmen, mostrando piedad y devoción. A las diez de la noche

del mismo día marcharon á nuestro hospicio de Caifa para esperar el vapor que debía conducirles.

«Se ve en los actos exteriores de estas peregrinaciones una traducción fiel del sentimiento que les anima, porque despreciando respetos humanos y aun las fatigas que llevan consigo los viajes por la Palestina, se entregan con fervor á la pública manifestación de la fe y piedad que respiran sus corazones para dar un solemne testimonio de la verdad de la Religión del Crucificado delante de estas gentes que no creen en él.

«También nos ha visitado el reverendísimo General de los Franciscanos, que al pasar por Caifa para Nazaret no olvidó esta casa de María, viniendo á postrarse á sus plantas para saludarla con el más tierno afecto é interesarla en los negocios de su sagrada Religión. Dos días ha permanecido en nuestra compañía el Rmo. P. Luís de Parma, edificándonos con el ejemplo y simpático trato que le caracteriza, pasando después á Nazaret á continuar su visita.»

—Anuncia *La Obra de las Escuelas de Oriente* que los Hermanos de las Escuelas cristianas acaban de realizar una fundación, por la que trabajaban con empeño.

Después de vencer mil dificultades, han podido al fin abrir una escuela en Nazaret.

En la ciudad en que Jesús pasó la mayor parte de su infancia, los niños podrán aprender á conocerlo.

Los Hermanos tratan de instalar una nueva escuela en Belén.

Persia.—El Schah ha dirigido á Su Santidad una carta de felicitación que corona dignamente las manifestaciones de los Soberanos en favor de las fiestas jubilares.

Esta felicitación es altamente significativa, porque demuestra cuán alto raya el prestigio del Pontificado aun en los más apartados países, y cuán digno de admiración y respeto es el augusto nombre de León XIII.

La carta dice así:

«A Su Santidad el Papa. Muy respetado y muy honrado. Que Dios le conceda su ayuda.

«En razón á los lazos de amistad que nos unen á Vuestra Santidad y del sincero afecto que profesamos á vuestra augusta persona, afecto que manifestamos gozosos en todas circunstancias, aprovechamos el Jubileo de Vuestra Santidad para enviarle nuestras felicitaciones en el momento en que todos los grandes dignatarios espirituales y todas las grandes potencias amigas os ofrecen sus respetos.

«Esta carta, prenda de nuestra amistad sincera, llevará á Vuestra Santidad los votos que hacemos de todo corazón para que se prolongue su vida y la de su gobierno espiritual, motivo de felicidad para todas las naciones.

«El pontificado de Vuestra Santidad es una bendición de Dios para vuestra augusta persona. Os rogamos no nos olvidéis en vuestras oraciones, siempre escuchadas por Dios, al mismo tiempo que le suplica para que sean cada vez más estrechos los lazos de la amistad que nos une.

«Aprovechamos esta dichosa ocasión para renovar á Vuestra Santidad las seguridades de nuestro profundo acatamiento.»

Lo verdaderamente notable en este documento es que este rey infiel rinda tributo de homenaje á la fecundidad bienhechora del Pontificado.

Fernando Poo.—El Rdo. P. Pedro Sala, misionero Hijo del Corazón de María, escribe desde el nuevo pueblo María Cristina el 25 de Abril de 1893:

«Una visita muy provechosa para esta Misión fué la del reverendísimo Padre Prefecto, que llegó el día 18 de Marzo, con el vaporcito *Fernando Poo*, para ejercer los oficios propios de su ministerio. Bautizó á nueve niños y tres niñas, fruto de dos novenas, una á San Francisco Javier y otra á la Inmaculada Concepción, en las cuales pedíamos de un modo especial por la conversión de dos almas. El enemigo de ellas trató de impedirlo suscitando serios obstáculos; pero triunfó cumplidamente la divina gracia, por la mediación del Apóstol de las Indias y de la Santísima Virgen, refugio de pecadores, pues en lugar de dos conversiones obtuvimos doce. ¡Bendito sea el Señor!

«El día 25 del mismo Marzo, festividad de la Asunción de Nuestra Señora, el reverendísimo Padre tuvo el consuelo de administrar el sacramento de la Confirmación á unos veintinueve muchachos y veinte muchachas; después unió en matrimonio á tres muchachos, que habían sido los primeros en hacerse cristianos en esta Misión, con las tres niñas bautizadas anteriormente.

«¡Alégrense los bienhechores de estas Misiones al saber que van produciendo el fruto deseado, así sus oraciones como sus limosnas!

«El Domingo de Ramos, antes de partir para Santa Isabel, inauguramos las funciones parroquiales en este nuevo pueblo con las bendiciones de las palmas y ramos, cosa nunca vista por esos negritos: era de ver el gusto que tenían de ir en procesión cada uno con su palma, pues aquí abundan mucho las palmeras, aunque no son tan bonitas como en España. A pesar de que con su partida el Padre Prefecto se nos llevó un operario, el Rdo. P. Singla, pues era necesario en otra parte, sin embargo, fuimos continuando los dos Padres que quedábamos las funciones de Semana Santa; hubo el Jueves Santo lavatorio de pies. ¡Qué admirados estaban los negritos escogidos al efecto al ver al Padre Superior lavar y besar sus pies!

«No puedo dejar pasar por alto la gratísima sorpresa que tuvimos al ver entre los nuevos Padres venidos de España á nuestro reverendísimo Padre General. ¡Qué gozo tan grande para todos estos misioneros el poder abrazarle de nuevo, cuando creímos haberlo hecho por última vez en Barcelona! Cuatro días pudimos gozar de su amable presencia, en los cuales fué tal nuestro gozo, que creíamos hallarnos transportados á nuestra amada España. ¡Qué bondad en enterarse de nuestras necesidades para poner á ellas remedio! ¡Qué consejos tan memorables nos ha dejado! Esto hizo que fuera para nosotros más sensible la despedida de su Reverendísima. El Señor nos lo conserve muchos años.»

Madagascar.—Los betsileos ú hovas son una de las principales tribus que componen la población malgacha. Ocupan una vasta extensión del país al Sur de Imerina, en la región central, sana y montañosa de la grande isla africana. Una carta del reverendo P. A. Cadet, de la Compañía de Jesús, misionero en Tananarivo, dice al dar cuenta de visita pastoral del Vicario apostólico:

«El 8 de Julio el Ilmo. Cazet partiendo de Fianarantsoa se dirigió hacia Ambositra, visitando las nuevas estaciones de los Padres Fontanié y Faure, administrando en ellos treinta y seis bautismos, ciento veintisiete confirmaciones y veintidós primeras comuniones. Una vez visitadas las dependencias de Ambositra, S. I. se internó en la provincia de los vakinankaratra.

«Al cabo de dos jornadas por un camino escabroso llegó á Ambohimanjaka, población rodeada de fosos cortados á pico cuya anchura y profundidad desafían á los más atrevidos sakalavos: éntrase en ella por un desfiladero que no permite el paso á dos hombres de frente y que termina en tres puertas distantes entre sí siete ú ocho metros (V. la pág. 321). Ciérranlas todas las noches con tantos cerrojos y piedras amontonadas por dentro, que es casi imposible puedan abrirlas desde el exterior.

«Los dibujos de las páginas 324 y 325 dan una idea del tipo de Ambohimanjaka, de Ambositra y del inmenso valle que riega el Manandona. Lo que más admira es la originalidad y variedad del tocado femenino. Nada iguala la paciencia y habilidad de las mujeres de estas comarcas en trenzar sus cabellos y darles las formas más raras. Parece á veces verdadero follaje dispuesto en múltiples coronas, ó frutas negras aplastadas y simétricamente suspendidas en triple ó cuádruple círculo. Un aro de metal, llamado *laza* (reputación) porque revela la riqueza y el rango de la mujer que lo lleva, añádese con frecuencia á estos refinamientos de coquetería: cuélganlo de una larga trenza, y se balancea graciosamente sobre los hombros.

«La población es inteligente y pacífica. Cualquiera creería que estas buenas gentes son salvajes porque se asustan á la vista de un blanco y huyen á todo correr. Esto ha da atribuirse á que temen les hagan daño. Tantas cosas se les han dicho de los extranjereros, y tantas veces les han atacado aun en pleno día los sakalavos.

vos, arrebatándoles por el hierro y el fuego las mujeres, los niños y los rebaños, que con sobrada razón tienen porque temer. En algunas incursiones han llegado hasta llevarse brutalmente á la costa doscientas personas para venderlas á los feroces árabes.»

África.—En la república de Transvaal hace muchos progresos el Catolicismo. La fundaron los *boers* ó colonos holandeses, llevando naturalmente el credo calvinista; pero ya no hay intolerancia con los católicos. Antes dependía del vicariato apostólico de Natal. El territorio del Estado tiene una extensión mayor que la de Francia, á saber: 281,890 kilómetros cuadrados, con 829,000 habitantes, según el censo de 1885. Un solo sacerdote bautizaba á los indígenas y les administraba los Sacramentos. En 1876 se estableció allí el misionero P. Walsh, irlandés á juzgar por el apellido. En 1878 se fundó en la capital pretoria un convento de Religiosas, bajo la advocación de Nuestra Señora de Loreto.

En 1886 se fundó la Prefectura apostólica, en la que hay, además del Prefecto, quince sacerdotes y siete Hermanos Maristas. Hay cinco estaciones de misioneros, tres escuelas de niños y cuatro de niñas, y en Johannesburg se ha establecido un hospital, bastante bien organizado y servido. Se han sucedido dos prefectos apostólicos, los PP. Monginaux y Schoch, que actualmente desempeña tan importante cargo.

—El periodista alemán Eugenio Wolf ha reunido multitud de curiosos documentos acerca de la catástrofe de Uganda. Resulta probada la culpabilidad de los militares ingleses, y se fija la indemnización á favor de las Misiones católicas en 522,000 francos. La prensa alemana y el *Tageblatt* de Berlín han prestado un gran servicio á la Iglesia católica.

—En su reciente viaje por Argelia, M. Foureau ha encontrado en Rhadames los huesos del misionero P. Richard, sacrificado por los indígenas, y su cartera y diario de viaje, como también el termómetro que llevaba otro misionero, el P. Poplart, varios libros de Teología y una *Biblia*, impresa en árabe en la tipografía que los Padres de la Compañía de Jesús tienen en Berito.

—Ha sido nombrado director de las escuelas en la colonia francesa del Senegal (África occidental) el H. Pascual José (antes Juan de Dios Libault), de la Congregación de las Escuelas cristianas, en sustitución del H. Desiderio María, que ha fallecido.

Canadá.—Posee la Iglesia católica en la Confederación canadiense seis provincias eclesíásticas: Quebec, Montreal, Toronto, Ottawa, Halifax, San Bonifacio. Hay seis Arzobispos, uno de ellos Cardenal, Mons. Taschereou; diecinueve Obispos y un Prefecto apostólico.

En todas estas diócesis se cuentan 2,182 sacerdotes, de los cuales 444 son ingleses ó irlandeses y 1,742 son canadienses franceses.

La población total se elevaba en 1891 á 4.822,679 habitantes, de los cuales son católicos 1.990,665.

El aumento de población total ha sido de 11'2 por 100 en diez años. En este mismo período de tiempo los católicos han aumentado en 10 por 100, viniendo esta diferencia de lo poco que aumentan los católicos de origen inglés.

Los canadienses son, en efecto, los que más contribuyen, por el poder de su nacimiento en esta sección de América, al desarrollo de la Iglesia católica. En 1851 los católicos ingleses contaban 312,000 y los canadienses 741,000. En 1891, los primeros se elevaban á 468,000, mientras que los segundos se habían cuadruplicado y alcanzaron la cifra de 1.420,000.

Sobre toda la extensión del Dominio, los católicos ingleses están relativamente estacionados, á pesar de la emigración que les va de Inglaterra; en tanto que los católicos franceses aumentan rápidamente á pesar de la emigración á los Estados Unidos. Lo mismo viene á suceder en casi todas las diócesis del Norte de los Estados Unidos, en cuyas regiones, el progreso de los canadienses es el elemento más sólido del progreso de los católicos.

Noticias varias.—La Sra. Lewis ha hecho un importante descubrimiento arqueológico. En un convento del monte Sinai encontró una copia de la versión siriaca de los Evangelios, que probablemente data de mediados del siglo II. La Sra. Lewis compaginó todas las hojas del manuscrito, copiándolas una á una,

y luego las descifró según las reglas de la interpretación hierática. La descubridora hace notar que los doce versículos últimos de San Marcos, los cuales creen algunos críticos modernos que fueron añadidos después, se encuentran en la versión siriaca. Se están haciendo los preparativos necesarios para dar á conocer al mundo esta joya de la literatura sagrada.

—El 2 de Julio se efectuó en Londres, en el Oratorio, una gran función religiosa con objeto de poner solemnemente el país bajo el patronato de San Pedro. El Cardenal Arzobispo de Westminster asistió con todos los Obispos, presidentes de Capítulos y Ordenes religiosas.

¡Quiera Dios que sea esta fiesta señal y camino de la vuelta de Inglaterra á la fe católica, poniéndose bajo la paternal autoridad del Sucesor de San Pedro!

—La procesión del último día del Mes de María tuvo lugar en la capilla de Nuestra Señora de Lourdes en Constantinopla, con la pompa acostumbrada. En el jardín del convento se había erigido un altar sobre el que se colocó la estatua de la Virgen.

Abría la marcha un piquete de infantería y seguían las diferentes escuelas de niños y niñas, con las Hermanas y Religiosas á la cabeza, llevando cuatro jóvenes georgianas la estatua de la Virgen sobre sus hombros. Presidía la procesión Mons. Dacus, cura de la Catedral, resultando la fiesta imponente y conmovedora, sobre todo teniendo en cuenta que se celebraba en plena capital de Turquía.

VARIETADES

EL BARRIO CHINO EN LA CIUDAD DE SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA

De una carta que publica un periódico católico de Mejiico extractamos lo siguiente:

ANTES de penetrar con un amigo en el barrio chino, instintivamente me llevé el pañuelo á las narices por algo que hería mi olfato con fuerza. Mi amigo, que sabía de lo que se trataba, me dijo:

—Vaya, ya vamos llegando, ya se percibe el olor á opio.

Nos apeamos en una avenida llena de compacta muchedumbre de chinos de ambos sexos. Todas las calles del barrio tienen ese desorden dimanado de la falta de cultura de sus habitantes.

La gritería era horrorosa, aquello no era hablar, era ladrar. El idioma chino se compone de sólo monosílabos, de modo que una conversación es ruido molesto, y como éste se multiplicaba en relación con el número de transeúntes, el conjunto era bastante desagradable. Vi á dos matrimonios que se encontraron y se pararon para saludarse. «Tu, yi, si, ta, lu, pu, ca, tu, ti,» decían los cuatro á un tiempo; una gran caravana hasta casi besar el suelo; un apretón de manos; pero no como nosotros, sino un apretón cada uno con sus propias manos; otro ruido de monosílabo y otra caravana; y después como si se quisieran pelear, todos metíanse las manos á la cara, y así continuaba aquel concierto ó más bien cuarteto de monosílabos. Mi amigo me dejó, hasta que riéndose de mi asombro me dijo:

—No tenga cuidado, no es pleito; es que se cuentan cosas de su vida íntima.

—¿Y cómo lo sabe V.? dije.

—Aunque todavía poco entiendo del chino, entre las palabras que dicen, he podido pescar, que anoche fumaban opio, y que por poco van á parar á la cárcel.

—¿Cómo! ¿pues que no se les permite fumar opio? Entonces el olor que hay aquí ¿qué cosa es?

—Es opio, pero éstos parece que tenían contrabando, y no entiendo bien cómo escaparon; pero por lo que dicen en este momento parece que burlaron la vigilancia y poseen opio sin licencia.

Seguimos andando en aquellas calles, que más bien parecían de Pekín que de una ciudad civilizada.

—Vamos á solicitar, dijo mi amigo, nos permitan ver un cuarto en que ya estén durmiendo los que velaron anoche trabajando.

Lo pedimos, y se nos llevó al interior de un establecimiento. Después de pasar varias piezas bastante apestosas y sucias, llegamos á una, de donde al abrirse la puerta salió una ráfaga de vapor pesado y hediondo. El chino que nos conducía, con una lámpara en la mano, entró en la pieza, en donde apenas pudo hacerlo, pues en todo el piso estaban hacinados diez ó doce chinos durmiendo como unos patriarcas. Era una pieza de cosa de diez varas en cuadro, y había, según contamos, treinta y ocho individuos durmiendo. En el suelo había catorce y en las paredes, embutidos en unas especies de estantes que llegaban casi hasta el techo, estaba el resto. Dos ó tres minutos pudimos aguantar aquella atmósfera, y nos salimos porque nos asfixiábamos; hasta creía yo por momentos que los microbios oscurecían ó apagaban la luz; y aquellos salvajes dormían como si estuvieran en un lecho de rosas; allí, más que en otras partes, vi al chino legítimo, viviendo como marrano. Verdaderamente causan horror esas escenas.

De allí nos dirigimos al templo, á donde llegamos después de andar unas pocas calles. Es éste un edificio completamente chino; á la entrada tiene una magnífica puerta de madera tallada: por ella se pasa á una especie de vestíbulo en donde está un cancerbero con la cabeza toda afeitada sin dejar de llevar su gran trenza, y está allí para indicar si está visible el interior; nos dijo que podíamos entrar, no sin ponernos delante un platillo para que diéramos algo. Pusimos unas monedas y entramos. Creí encontrarme con un gran templo, ricas bóvedas, sedas, etc., pero nada; en un pequeño salón hay una especie de altar *sui generis* en donde se ven tres figuras extravagantes, especie de ídolos, con grandes barbas, vestidos de rica seda: á esto llaman el Jhos; supongo que es su trinidad, su dios ó lo que se quiera. Dos individuos, que supongo sacerdotes, y que me dijeron se turnaban en guardias día y noche, estaban como estatuas parados uno de cada lado del Jhos, mudos, pues durante su guardia les es prohibido hablar.

Se mantienen cuidando que los pebeteros que están constantemente encendidos despidiendo aromas de incienso, mirra y otros, jamás se apaguen, pues el día que esto sucediera, según su tradición, el dios se enojaría y mandaría al Celeste Imperio toda clase de calamidades. Hace como veinte años hubo en Pekín una peste que diezmó la población y la atribuyen al abandono de unos sacerdotes que descuidaron y dejaron apagar los pebeteros que tenían á su cuidado. La pieza ó salón aquel estaba casi oscuro, pues fuera de una pequeña lámpara que había de un lado no había más luz. Me pegué chasco, cuando creía encontrar una gran mezquita ó pagoda.

Sin embargo, hay un gran templo que sólo abren

cada mes y cuyo exterior pude ver de paso cuando salimos de aquel y seguimos recorriendo el barrio.

El exterior revela majestad: tiene una torre en donde hay una campana para llamar, sin duda; pero como dije, no pude visitar su interior.

El día siguiente fuimos testigos, en el mismo barrio, de un entierro chino.

Abría la marcha un porta-estandarte, con sus trompeteros. Iban éstos vestidos con ricas túnicas de seda azul con grandes estrellas amarillas bordadas. Los zapatos eran de lujo, de terciopelo del mismo color azul con gruesas suelas amarillas; la cabeza afeitada cubierta con un gorro de seda azul también, y su larga trenza terminaba en un gran moño de listón amarillo. El estandarte era una especie de gallardete de un pico, de tela de seda blanca; se destacaba en él un cerdo bordado de oro, y se veían también algunos caracteres chinos bordados con seda amarilla.

Seguían al porte-estandarte cosa de cuarenta chinas vestidas de riguroso luto (amarillo), con faldas también de seda: sin duda eran parientas ó amigas allegadas del difunto: todas iban muy apesaradas al parecer, pues algunas lloraban á grito partido.

En seguida iban cuatro chinos, que supongo sacerdotes: estaban vestidos iguales á los que vi en el templo; la cabeza la llevaban cubierta con una especie de cucuruchos tiesos, que parecían de cartón, forrados de tela amarilla, y en el frente tenían una estrella blanca.

Después venían otros, vestidos de diversos colores; éstos, supongo, porque no tendrían luto; eran cosa de cuarenta, iban en formación de dos en dos: seguíanlos una música china; producía un ruido de lo más desagradable; sin embargo, nuestro guía nos aseguraba ser aquello una marcha fúnebre. En seguida sobre unas andas y dando horribles gritos iba un cerdo, atado de pies manos, y sujeto con fuerza para impedirle todo movimiento, lo cual contribuía á que el infeliz estuviera de lo más molesto, y nos aturdió con sus aullidos.

Seguía otro estandarte que tenía en la parte del frente el retrato de Confucio, y en el reverso signos chinoscos bordados de oro. El porta-estandarte, como la comitiva de ocho, que lo seguían, vestían todos de amarillo, y dos de ellos llevaban ricas botas bordadas de oro. Seguía otra banda de música y después varios grupos cargando cajas, que dijo nuestro amigo eran las joyas, ropa, etc., del difunto.

—¿Y eso á dónde lo llevan? dije yo.

—En nuestro país, contestó, todo esto se entierra junto con el dueño; pero como aquí está prohibido, sólo se lleva al panteón, y una vez enterrado el cadáver, esas cajas se ponen en un carro, para conducir las á casa del cónsul, para que las remita á China, en donde sí permiten que se entierren, y se verifique esa ceremonia.

—¿Y para qué hacen esto?

—Pues para que al difunto nada le falte en el otro mundo de lo que tenía en esta vida; y si no lo necesita, allí se queda. Pues le diré á V.; hombres que como éste se han conservado firmes en sus creencias, y sin cortarse la trenza, generalmente vuelven á nacer, en nuestro país, el mismo día que mueren; pero si no nacen en casa de algún magnate, todo lo que aquí les sirvió, algún día lo utilizarán de nuevo.

Seguía el Cónsul de China en medio de sus secretarios, y á éstos el carro fúnebre, muy lujoso, tirado por seis caballos, cuyas riendas manejaban desde el pescante dos chinos vestidos de su luto típico; todos los caballos lucían grandes penachos amarillos; al lado de cada uno iba un chino que llevaba el extremo de unos largos cordones amarillos también, con borla del mismo color: estos cordones estaban adheridos á las bridas de los caballos; eran una especie de palafreneros. La caja, forrada de seda amarilla, iba tan cubierta de flores, que apenas se distinguía. Seguía un acompañamiento, como de cuarenta coches vacíos, que servían, según se nos dijo, para el regreso de la comitiva: al fin del cortejo seguía una muchedumbre sucia; algunos miles de mongoles iban allí; con desorden y poca limpieza y cultura.

Dijéronme que una vez en la fosa el cadáver, el cerdo que se conducía hasca el panteón, en andas, era generalmente sacrificado en el templo, y que por la multitud de gente que asistía á esa ceremonia, era imposible presenciársela; me conformé, pues, con aquello, y pude decir que había yo visto un entierro en Pekín, *fin de siglo*; pero indudablemente que allí todavía no cuentan con carros fúnebres del lujo del que llevaba los restos de Mr. Sam Juin.

Una vez terminó de pasar el cortejo fúnebre, nos acompañaron á un establecimiento, donde estuvimos presentes á la cena de los domésticos.

Ocupando una larga mesa, en esa posición que llamamos nosotros *en cuclillas*, estaban cinco chinos: cada uno tenía delante de sí un gran plato lleno de arroz frito, con dos palitos que terminaban en una especie de paletitas delgadas, como del tamaño de un gancho de madera, de los que usan las señoras para sus tejidos, y tenían uno en cada mano: cogían los granos de arroz y sin meter el palillo á la boca, le introducían el grano de arroz; esto lo verificaban con tanta agilidad y rapidez, que se veían los granos de arroz uno tras otro, como volar del plato á la boca del chino; cuando sentían la boca llena, mascaban y tragaban, continuando después la misma operación, pero tan aprisa, que en un instante vaciaban aquellos platos.

En menos de un minuto se hallaría en movimiento en los estómagos de los hambrientos mongoles, que no satisfechos con solo un plato, lo llenaron y vaciaron tres veces, de un perol lleno de arroz que estaba en medio de la mesa; tomaba cada uno su ración, sirviéndose de un gran cucharón de metal.

Había ya oído hablar de esta operación, pero la rapidez con que la ejecutan y el tino con que arrojan el grano del plato á la boca, sin errar una sola vez, me sorprendió verdaderamente.

Al día siguiente visitamos el teatro y fumaderos de opio.

Aquéel es parecido á nuestros teatros; de tres pisos, con sus respectivas secciones de lunetas y palcos; pero con la diferencia de no tener telón, sino el escenario lo forma una especie de plataforma con puertas en el fondo, de donde salen los que toman parte en el espectáculo. El que presenciámos fué variado; componíase de acróbatas, equilibristas y otros por el estilo.

En cuanto á los fumaderos de opio, es cosa curiosa, pero no debe visitar esos lugares una señora, ni mucho

menos puede decirse en un periódico lo que allí se ve. Sólo diré que es un vicio que desgraciadamente se extiende, como la morfina, en todas las clases mongólicas y no mongólicas. Ya el Gobierno del Estado toma varias medidas para impedir cunda un vicio como ese, que desmoraliza y prostituye.

Ví á un chino rico que hace ocho años no se levanta de un gran diván, donde sus criados le llevan de comer y le proporcionan todo el opio que necesita; está medio idiotizado. Es el último período del vicio; pero los principios son de estragos horribles, no sólo en la salud sino en la moralidad pública. ¡Ojalá se logre extirparlo por completo!

ERIVAN

Esta ciudad es una de las principales de la Armenia rusa, en Asia, compuesta de unas dos mil casas diseminadas en medio de campos y jardines: cuenta doce mil habitantes. Defiéndela una fuerte ciudadela situada sobre un gran peñón. En 1769 los persas la tomaron á los turcos y la conservaron hasta 1828, que fué cedida á Rusia con una parte de Armenia.

NECROLOGÍA

El 11 de Abril fallecieron en el convento de San Agustín, de Manila, los Rdos. Padres Fr. Feliciano Moral y Fr. Rufino Redondo, á la edad de cuarenta y ocho años el primero, y de cuarenta y cinco el segundo. Religiosos observantes y fervorosos, y continuadores infatigables de la obra civilizadora de los antiguos Padres Agustinos en las apartadas regiones de Filipinas, se distinguieron durante su corta y laboriosa vida por el celo de la salvación de las almas y del bienestar de los distintos pueblos que administraron en la provincia de la Unión. Empleados en sus primeros años en atraer á la verdad católica á los igorotes para formar con los convertidos nuevos pueblos, tuvieron que sufrir increíbles trabajos y privaciones. En premio de sus servicios fué nombrado el P. Moral vicerrector del Colegio de Valladolid en el Capítulo de 1877, cargo que desempeñó á satisfacción de los Superiores. A su vuelta á Filipinas, sin desatender los deberes del cargo parroquial, se dedicó al estudio del idioma ilocano en sus relaciones con otros idiomas, y como fruto de su laboriosidad pudo presentar en la Exposición Filipina un grueso manuscrito, que mereció llamar la atención de los sabios.

El P. Rufino, ansioso de convertir á la fe á tantos infieles como hay aún en las montañas del Abra, Bontoc y Lepanto, instó y suplicó repetidas veces á los Superiores que le permitiesen continuar en esas Misiones, sin obligarle á administrar un pueblo ya constituido, como por sus servicios y antigüedad le correspondía.

El fué quien determinó al general Primo de Ribera á la expedición que hizo al Norte de Luzón, expedición de la que fué el alma el P. Rufino, y de la cual tanto bien reportaron los intereses religiosos y patrios. Imprimió varias obritas de piedad en el idioma ilocano.

SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas.

Carolina Neira, viuda de López Ballesteros, de Santiago.	250 ptas.
Una católica.	1 »
P. E., de Barcelona.	5 »

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, PISO, 5, BARCELONA.